NOSOTROS

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

(CONCLUSIÓN)

— He aprendido muy poco: la preocupación de formarse un capital no deja tiempo ni ganas.

— Y esta preocupación, querido, contestó con cierta ironía, la tienen hasta nuestros hombres de ciencia, contagiados por el ambiente mercantil en que vivimos. Así es que, ahora, podemos contentarnos muy bien con ver las cosas á la ligera, y dar ejemplo, nosotros que para nada tenemos que estudiar sino para propia satisfacción.... Bajemos, porque ya hemos llegado.

Seguimos caminando hasta el restaurant. El continuó, refeériéndose á frases anteriores:

— Hago economías. Quiero ser muy rico si es posible, para ser muy independiente. No soy avaro, pero he llegado á saber que aquí, como en casi todo el mundo, no hay mejor recomendación que la riqueza, que para muchos vale más que cualquier otro título. Todos los años compro un terreno en la campaña allí donde me parece que hay porvenir y los precios no han subido todavía. Por una casualidad me ha ido más bien que mal: cuando la fuerte alza de los terrenos, aquella época de fiebre y de locura, pensé como tú en ir á Europa, vendí caro, y esperando las buenas oportunidades. Estalló la crisis como una bomba, y

yo acababa de vender mi último pedazo de tierra, y tenía el dinero en lugar seguro, de modo que cuando sobrevino la baja pude duplicar mi capital, comprando otros terrenos mejores y mayores. La tierra es mi caja de ahorros, y cuando eche mano de ellos, en una ocasión propicia, seré muy rico, es decir, muy poderoso. Ya verás lo que es la plutocracia en nuestro país, y te alegrarás de que tus haciendas sigan procreando sin exigir tus cuidados. ¡Ah! cuando te puedan decir señor Millón ó señor Millones ¡hasta músico genial podrás ser si quieres!

Una pregunta pugnaba por salirme de los labios, pero me contuve. El, tan modesto, tan poco aficionado al lujo y al mundo ¿para qué quería ser rico? Pero no se lo pregunté, sabiendo que más tarde ó más temprano me lo diría con su franqueza habitual, en su necesidad antigua de hacerme confidencias.

Era ya completamente obscuro y las calles estaban poco concurridas, los escaparates á media luz, en la hora intermedia entre el bullicio de la retirada, por la tarde, y el movimiento más tranquilo de la noche, cuando reina la calma, en el momento plácido de la comida. Buenos Aires, por lo general, come después de anochecer en todas las estaciones del año.

Instalados ante una mesa de la Rotisserie pocos momentos después de bajar del tranvía, atacamos con apetito las vituallas, elegidas por el ojo experto de Lové, que no pudo dejar de disertar sobre nuestros progresos gastronómicos. Antes no se comía así: hasta hace pocos años nos limitábamos á la cocina primitiva y á algunos rudimentos de la francesa; los elementos no eran tan variados como hoy, los *chefs* no habían inmigrado aún, y los grandes platos se desconocían casi por completo; ahora en cualquiera de los grandes restaurants se tenía lo posible y lo imposible, con la sola condición de pagarlo; venían á nuestras mesas los productos de las tierras y los mares más lejanos, los mercados estaban atestados de las cosas más raras y exquisitas, frutas y legumbres de verano en pleno invierno, sin que faltara nada.

— Pero la comparación tiene que ser exacta para que sea más eficaz. Yo te mostraré lo que á ese respecto tengo en casa.

Permaneció un instante en silencio, y luego, sin transición alguna preguntó con voz algo irónica:

— ¿Con qué te ha interesado Elena Cuecho? ¡Claro! Es una de

las muchachas más lindas de Buenos Aires. Pero tené cuidado.

— ¿Cuidado? ¿de qué?

— Es tentadora, y vos serías capaz de hacer alguna barbaridad.

— ¡Bah! Me ha interesado un momento, como cualquier muchacha bonita, pero de ahí á hacer cualquier tontería....

— Te digo no más. Y sin embargo, Elena es muy interesante por diversas causas.

Y entonces contó su historia. Hija de un hombre rico, de familia vieja y respetada en el país, había recibido una brillante educación: hablaba el francés y el italiano, tocaba el piano, cantaba, pintaba un poco, era capaz de leer y entender libros que no gustan generalmente á las mujeres, tenía una educación encantadora, era afable, reunía, en fin, todos los atractivos. Pero, el reverso de la medalla: el hábito inveterado, incurable, feroz del lujo, un cáncer que le roía el corazón y el cerebro, una pasión loca y ciega. Don Eleodoro Cuecho se había arruinado completamente en 1895; ahora «pichuleaba» en la Bolsa sin lograr rehacerse, tan escaso de dinero que solía pasar meses enteros sin pagar la casa en que vivía; sin embargo, el tren aparente de su vida era el mismo de antes. Elena y Doña Catalina, su madre, vestían como princesas, á fuerza de roer sobre los demás gastos; la casa no tenía más pieza presentable que la sala, pero nadie pasaba de allí al interior; habían tenido, eso si, que suprimir el coche, ¡con cuantas lágrimas! Y la joven, perdida la cabeza, enloquecida por su afán de lujo, de brillo, buscaba un marido rico, cualquiera que fuese, para satisfacer su pasión. Y, sin embargo, no era mala; al contrario, tenía un alma pura, un corazón capaz de los más nobles sentimientos. En fin, había que perdonarle su extravío, pero como se perdona y compadece á un frenético: poniéndose lejos. ¡Ah! El año anterior había ocurrido un verdadero drama: la familia entera, á fuerza de economías y sacrificios, había logrado reunir una suma suficiente para ir á Mar del Plata. Pero tenían que soportar sonrientes mil privaciones, no tomar parte en ciertas fiestas muy costosas, guardar las apariencias, si, pero partir un centavo en cuatro, para que el capital durara siquiera los veinte días reglamentarios. Y á pesar de todo, los pesos se marchaban á escape, de una manera tan alarmante, que por no regresar corrido antes de la fecha señalada, pretextando algún aconteci-

miento inesperado, Don Eleodoro tuvo el rapto de ponerse una noche á jugar á la ruleta, y como es natural, lo perdió todo... Desesperado, torturado, sin saber cómo salvar la terrible situación, se vino á Buenos Aires, pidió, corrió, hasta quiso vender su alma; y hubiera vendido los muebles de la sala, si, conociendo su situación, un hombre á quien había prestado servicios en otro tiempo, no le hubiera dado los fondos que necesitaba, sin esperanza de reintegro. Pero la lección, dura y todo, no había aprovechado, comenzaban las deudas al almacén y á la tienda, el «pichuleo» era cada vez más pobre, Don Eleodoro tenía que llegar á cuidados infinitos con su ropa, quitándosela apenas volvía á su casa, para vestir con dos trajes al año; y sin embargo, el último verano había ido de nuevo á Mar del Plata.

— Y no te cuento esto como chisme, sino como observación útil, concluyó. Esta enfermedad del lujo es desgraciadamente muy común, aunque haya aparecido hace relativamente poco tiempo.

— ¿Cuando? Me interesería saber....

— Vas á repetirme la exclamación de esta tarde, pero no importa. La enfermedad del lujo con carácter epidémico y que después se ha hecho endémica, data desde que se acentuó la inmigración provinciana, es decir, durante los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda, sin grandes proporciones, casi insignificante, generalmente desapercibida; durante el de Roca con mayor intensidad, y por fin en esos tres años de Juárez, con una fuerza de contagio tremenda. Ya sé la objeción, pero conste que me limito á señalar un hecho, sin sacar consecuencias. La objeción es que el comercio no se había desarrollado antes, que la gente estaba pobre, que la guerra del Paraguay nos aplastaba, y que las tentaciones preparadas por los comerciantes ansiosos de ganancia han ido aumentando progresivamente desde que el país pareció enquiciado, hasta aquella ostentación de cosas lindas y caras, aquel amontonamiento de riquezas que cegaban los ojos, aquella fiebre de lujo del 87, del 88, del 89.... Pero quede, también, sentado, que las primeras niñas que usaron brillantes en el teatro, fueron provincianas, y es natural que ellas rompieran la marcha, porque generalmente eran muy ricas, y porque tenían

que ser deslumbradas y cautivadas más pronto que las otras, y más irresistiblemente.

— ¡Porteño!

— ¡No lo repitás! ¡Si supieras cómo me gustan las provincianitas en sus provincias!

Tomábamos el café y los licores, cuando Lové propuso que discurriéramos dónde iríamos á pasar el resto de la noche. Yo me sentía bastante fatigado, aunque no hubiera razón para ello, de modo que lo invité á que nos retiráramos á su casa. No opuso inconveniente, pero quiso que fuéramos á pié.

— Es necesario que principiés á verlo todo, y á verlo bien. Voy á darte la primera lección.

Protesté, me urgía meterme en la cama; sentía una lasitud y una pereza cuya causa ignoraba.

— El viento norte. Tomemos un carruaje, entonces.

Y luego añadió:

— Parece que no estás muy dispuesto al estudio. Te habré cansado con mis disertaciones. ¡Vaya! Perdonáme, porque hago el firme propósito de no incomodarte más. Vamos.

El mozo le trajo la vuelta, y dejó un peso de propina.

— El mal europeo nos ha invadido, dijo riendo mientras salíamos. La propina es obligatoria; apenas te has sentado á la mesa ya el mozo sabe cuánto le vas á dar, y te sirve en consecuencia. A veces me han dado ganas de hacerme mozo para iniciarme en esa especie de psicología, que ha de ser utilísima en otras circunstancias: conocer á un hombre por la cara ¡qué tesoro!

Ya dentro del coche de plaza que rodaba suavemente por los rieles de la calle Cuyo, ó saltaba por los desiguales adoquines para dar paso al tranvía que venía en sentido contrario, me propuso interminables, insensatas correrías por la ciudad: los diez y nueve teatros que funcionaban, los veinte mercados, las plazas públicas, los cementerios, los clubs, las escuelas, las facultades, los museos, las tres biblitecas, los veinte hospitales, los nueve hospicios y asilos, los mataderos, la Bolsa, el puerto, hasta las calles, pues cada una tenía un tipo especial, de la Avenida de Mayo hasta la callejuela de Luján. Y como le obser-

vara que para eso se necesitaba una vida entera, quedó un instante en silencio, y luego dijo, como en éxtasis:

— ¡Oh! Buenos Aires es un fenómeno de vitalidad. Ninguna ciudad la tiene tan intensa como ella; para ninguna se abre un porvenir semejante al suyo!... Y nosotros! nosotros somos apenas un embrión informe de lo que serán Ellos, los de mañana los que vendrán cuando ya no estemos.

— ¡No creía que existiera un hombre tan enamorado de Buenos Aires como tú! exclamé.

El me miró sonriendo, y dijo, como si me replicara:

— Mañana te presentaré un tipo curioso.

— ¿Fruto del país?

— Si, pero un extraño fruto, que afortunadamente no abunda demasiado. Es un médico que no ejerce, el Dr. Lucas Imbele. No te digo más sobre él para que lo juzgués por vos mismo. Y ahora á dormir si no querés leer algo.

— Siempre leo un rato en la cama á cualquier hora que me acueste. Es una costumbre inveterada que tengo desde niño y me va bien con ella.

Sacó un libro de la biblioteca y me lo puso en las manos.

— Tomá, es *En Route* de Huysmans. Un libro de psicología pura, de una rara observación directa, excelente como ejercicio. Te dormirás á las primeras páginas, pero te será útil si persistís hasta el fin. Buenas noches.

Huysmans me interesó justamente por su desdén para el interés fácil, pero acabé por dormirme pensando en la acentuada reversión al misticismo que se nota en estos últimos años, y cuando menos se esperaba.

ROBERTO J. PAYRÓ.

UN ANÓNIMO MÁS

No puede resistir más. El aroma del ajenjo lo persigue. El sabe que su cabeza se ha mareado muchas veces, que ha tropezado en su marcha vacilante, que la gente lo señala con el dedo y ríe cuando pasa con su gran nariz colorada y el rostro lívido y macilento. Ya no quiere emborracharse. Lucha y lucha, mientras se apodera de su corazón una tristeza profunda. Camina como si le faltara un compañero y un punto de apoyo. Hace tiempo que no bebe y su vida se ha hecho desierta como una estepa y le parece estéril, áspera y solitaria como una roca. Lucha. No quiere emborracharse pero tiene la nostalgia seductora del ajenjo, quiere el enervamiento de sus perfumes y la lascivia de sus excitaciones .

De nuevo ha extendido su mano y bebe... Su organismo se desgaja, su vientre y sus piernas se hinchan y con el rostro extenuado, lleno de temblores y de insomnio, asaltado por las pavorosas visiones de la noche quiere á pesar de todo la loca alegría del alcohol venenoso, porque entonces su espíritu se serena y su inteligencia se yergue. ¿Qué tienen que hacer los demás con él? ¡Déjenlo vivir! ¿No vive acaso la araña y llena de telas cenicientas los ángulos de su casa, y debajo del piso de tabla no salta el escuerzo acaso, y la suciedad no cunde y se apodera de su hogar? El no vé eso, cuando entra de noche, manoteando en la oscuridad y cae sobre la cama de la mujer aterrada en medio del ronquido inconsciente del letargo...

Es cierto que los suyos están semi desnudos y que en ese invierno no habrá frazadas y que algún día, peregrinos de la miseria, los arrojarán fuera, para que el cierzo les contraiga los músculos y los endurezca de frío. Es cierto eso; pero la gente no da

dinero, no socorre la miseria, no alcanza ropas... Lo que da es el sarcasmo que hiere el corazón y el puntapié que aleja el espectáculo. Tiene el estómago delicado la gente; la náusea le incomoda. Por eso él una noche de invierno con las piernas hinchadas, borracho y alegre no pudo llegar á su casa. El sueño lo venció en el medio de la calle. La helada le dió su sábana blanca que le envolvía el cuerpo como una mortaja fría y la muerte poco á poco paseó la tenaza de hierro y le mordió el corazón. La víscera era enorme. Se había agigantado en la lucha. Tenía escrita en sus fibras la odisea dolorosa de un alma buena. En ella estaban todos sus remordimientos, el amor generoso de la compañera de su vida, sus martirios llenos de silencios y las ternuras y las sonrisas de los hijos. Pero la helada no deja su presa y el cuerpo envuelto en la mortaja blanca entra en la boca obscena del osario —un anónimo más—una melancólica larva más!...

FRANCISCO A. SICARDI.

ODA Á RUBÉN DARÍO

I

Maestro, gloria al Verbo, á la Palabra
sutil, alma y radiosa
como la luz, pero que labra
en perenne granito
la vibración sagrada y armoniosa
de las almas al místico beso del Infinito.
El cincel, la paleta
son ilustres; la música es sublime,
mas sólo el Verbo del Poeta
que con la Idea pura nos redime
y hasta ella nos levanta;
el Verbo, alado peregrino
que el ritmo eterno de la augusta Idea
y el poder inmortal de la Vida nos canta;
sólo el Verbo es divino.
Gloria al Verbo que crea
belleza y que ilumina
la misteriosa ruta
donde el hombre camina;
al Verbo que derriba iniquidades;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derrime iniquidades;
que provoca y deshace la tormenta;
al Verbo que cimenta
y alza, como montañas, las verdades.

A menudo la plebe
lo profana, por cierto: cruel, cobarde, inculta,
blasfema sin pudor, y sin piedad insulta.
¿Mas será menos casta la fuente porque bebe
en sus aguas la bestia vil é impura?
¿Acaso perderá su virginal frescura
fecundadora?
¿Dejará de quebrarse el iris de la aurora
entre sus linfas,
ó de tender, cual manto, la luna su reflejo?
No; su corriente misma borra todo
lo que la enturbia: sangre, espumas, lodo:
vuelven las ninfas
á mirarse en su espejo,
y contemplan sus cuerpos de alabastros
sobre un fondo de cielos y de astros.

II

Detrás de tus suntuosos é historiados cristales,
desdeñas los tumultos de las turbas triviales,
y cincelas joyeles ó engarzas claras gemas
en tus magníficos poemas,
maravilloso artífice del Verbo.

O en raro equife surcas un río á cuyas ondas
no osan llegar el lúgubre buho ni el hosco cuervo.
Desde su orilla, bajo frescas frondas,
te saluda la dríada rosada,
y olvida que quizás, oculto en la enramada,
enamorado fauno con avidez la espíe.
En su diáfano alcázar la ondina te sonríe.
Y vas cantando, lírico argonauta...
Prestan las flores á tu verso aromas,
las águilas vigor y gracia las palomas,
melodía la alondra y las estrellas pauta.
Lo acompañan las brisas en sus suaves violines
y siguen su cadencia las selvas y jardines.

Un blanco cisne, que armoniosamente
su cuello enarca,
lleva tu barca
hacia el oriente
con serena altivez. Es ensueño tu paje,
y Amor tu confidente...
Primavera, tu amada, va contigo de viaje.

De todo verbo exprimes la sustancia que encierra.
Cantas lo que Verlaine llama «vida oportuna»,
noble artista en idilios de la tierra
lo mismo que en asuntos de la luna...

Pero hoy que nuestra raza latina se estremece,
y en su cielo la rosa del rosicler florece,
y en sus campos se escucha
una diana llamando al progreso, á la lucha;
hoy que se yerguen glorias ancestrales
señalándonos nuevos ideales,
y que suena la hora de aprestar los bajeles
para el país soñado de futuros laureles;—
hoy trocas por el épico olifante
tu mágica siringa eclógica y galante;
y animas á la América española, que avanza
gallarda en el tropel de las nacicnes,
con tus *Cantos de Vida* y *de Esperanza*
cuyo eco es un hosanna de nuestros corazones.

Bien lo dijiste: haces vibrar «toda la lira,
toda la flauta.» Orfeo y Pan te enseñan,
éste el ritmo que encanta y aquél los que domeñan.
Pero ignoras la ira,
ese gesto brutal de débiles y tristes:
tú que puedes salvar el monte, subes;
mas no lo embistes...
Y buscas sol y estrellas más allá de las nubes.
Si hay rojo en tus cantares,

serán rosas que adornan tus diversos altares,
espíritu pagano
y corazón cristiano;
ó aurorales fulgores,
ó el ocaso de oros y de llamas,
ó las bocas purpúreas de amorosos deseos...
Siempre alegrías, triunfos; jamás odios, rencores.

Tu astro tiene del cóndor los largos aleteos
y la serenidad de los cisnes que amas.
Pero más bien, celeste mariposa,
que á todos los trofeos
de violencia prefiere
los zumos delicados del lirio y de la rosa,
tu rara inspiración, Darío, me sugiere...
(La mariposa al cóndor y á los cisnes supera
en esto: y es que pronto muere
la mariposa prisionera.
Sin libertad, así moriría tu estro.)

*
* *

Te saludo, Maestro,
en el nombre del Verbo y de la Primavera.

ALFREDO ARTEAGA.

BREVES APUNTES

ACERCA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO Y DE SU INFLUENCIA EN LAS LETRAS HISPANO-AMERICANAS

La personalidad literaria y científica de Miguel de Unamuno adquiere cada día mayor relieve. Es una figura intelectual de innegable vigor; un representativo de generaciones redivivas de la patria española, al cual no se le puede llamar literato porque sería establecer limitaciones al juego de su espíritu inquieto, curioso é insaciable. De sabio tampoco debe calificarse al Rector de la Universidad de Salamanca; sería esto demarcar también el campo amplísimo por donde se agita el — para mí —original y verídico Unamuno. Cuando le han apellidado *sabio*, sin duda porque la forma de sus conocimientos se circunscribía á un especial asunto, ha saltado nervioso en su silla áulica, y con frescura deliciosa de pensamiento, apenas comparable con la santidad espiritual de Ganivet, entre los descendientes de Cervantes, ha dicho que él no era sabio, ni helenista, ni nada más que un amigo de la ciencia, con minúscula, y de la verdad humilde. Nadie se atrevería á cargarle el sambenito de la erudicción. Los eruditos le parecen detestables por lo mismo que sería capaz de sobrepujar á los mejor documentados de la laya. Yo me imagino que Unamuno se regocijaría si los hombres, sin perder la gracia de la civilización y las virtudes poéticas, se entregaran á olvidar muchas cosas para que fueran de nuevo descubiertas con ingenuo encanto, para que se encontrase en ellas un sentido primordial que han perdido en el tráfago de los libros, de las academias, de los discursos.

Si los hombres nos callásemos respetuosamente en presencia de la vida, siquiera durante veinte años, como se levantarían de su sueño, hermosas y frescas, puras y sentidas infinidad de no-

ciones, hoy oscurecidas por el demasiado análisis! Qué armoniosas resucitarían las palabras! Resurrección olímpica, semejante á la de los mármoles griegos al ser descubiertos después de un largo reposo, lleno de silencio augusto. Si se cerrasen los templos de las religiones cuál sería el resurgir de los sentimientos místicos! La piedad iría á los altares verdaderamente paramentada de blanco con la unción de los niños. Todo lo ha gastado la civilización moderna; ya nada queda donde se espacie la ignorancia divina de los instintos y la santa idealidad del misterio. Y pensar que cuando algún espíritu consolador, como Maeterlinck, dice, verbigracia: pasad por este sitio del alma en silencio, porque allí duermen cosas misteriosas que el hombre aún no ha profanado—haya voces agudas y destempladas que griten con la maligna intención de despertarlas.

Unamuno tiene la vaga noticia, que tienen los espíritus profundamente poéticos ó profundamente buenos, de la existencia de esas provincias inexploradas del ministerio, donde sólo penetran almas extraordinarias como Novalis, Kempis, Emerson ó Mauricio Maeterlinck. Son almas de niños éstas, almas que tienen la clarovidente inconsciencia de la vida.

« Jamás olvidaré—dice Unamuno -- una escena inmortal que Dios me puso una mañana ante los ojos, y fué que ví tres niños cogidos de las manos, delante de un caballo, cantando enajenados de júbilo no más que estas palabras: ¡un caballo! ¡un caballo! ¡un caballo! Estaban creando la palabra según la repetían; su canto era un canto genesiaco.»

Sí, estaban creando la palabra que surgió original, nueva, adorable de sus labios inocentes y de sus ojos iluminados por la única luz que no quema. Los que no comprendan por qué llama Unamuno inmortal la escena que recuerda, son almas herméticas, de una escasa comprensión sensitiva, que indudablemente las favorece en su mediana existencia. Su insensibilidad las aumenta, á lo menos las conserva; son almas que bien pueden ser destinadas á roer en las trojes de los sembradores mientras los granos recién caídos en el surco llaman así las fuerzas inarticuladas de la vida para realizar el prodigio de sus germinaciones. Está bien que no comprendan á ciertos poetas los espíritus herméticos; bien está que no lo sientan. Así los jardines poéticos durarán floridos

muchos más días, sus rosas conservarán largo tiempo el aroma. Páginas existen del libro de la naturaleza y páginas hay en los libros de los hombres, que sólo son entendidas por los absolutamente ignorantes ó por los videntes; los individuos de la mesocracia del pensar cuotidiano jamás las entenderán, porque sus ideas — las ideas suyas — son otros tantos obstáculos que les cierran el camino al conocimiento. Son ideas celosas, que están en el cerebro de los ilustrados, armadas de puntas y resueltas á rechazar nuevos huéspedes de la estrecha casa. Son muebles que no se admiten; no hay dónde colocarlos.

Menos acierto habría aún en llamar artista á Unamuno. El artista, únicamente artista, como el mero crítico, no renueva las almas, ni imprime, hoy por hoy, impulso hondo, vividor y significativo al espíritu moderno. Buscan en los actuales momentos los hijos de la ansiedad humana, pensadores que consuelen, poetas que con su espada ideal abran camino por donde se llegue á las fuentes pacificadoras del alma, á praderas invioladas, á las cimas serenas del amor que rejuvenece. Quizá el dictado de crítico -poeta conviniera mejor á las facultades de Unamuno. Sus procedimientos críticos se alejan casi siempre de los métodos conocidos y de las maneras peculiares á los escritores castellanos. Carece de dogmatismos; no demuele por el encanto de derribar sutilmente fábricas levantadas por otros; detesta el escepticismo por indigno; es incapaz de usar la ironía, ni el humorismo, que es al decir de un malogrado italiano, «el arte de hacer sonreír melancólicamente á las personas inteligentes»; rehuye las absolutas y los sistemas; elogia con parsimonia, porque juzga debe ser moderado el elogio si ha de revelarse sincero; la sinceridad no la entiende Unamuno como expresión de lo que sentimos, sino á modo de resultante del contacto del sentir con el conocer. La sinceridad puede ser falta si se ignora uno de los términos de la relación perseguida. Solemos decir: «en esta obra puse yo toda la sinceridad de mi alma», para que se considere vibrante la obra; á lo cual es de observarse que si tenemos un alma mediocre bien poco valdrá la sinceridad alardeada. Un partícula de la sinceridad de un Leopardi aparecerá más intensa que toda la de dos ó

tres almas reunidas, pero que carecen del espíritu vivificador del gran poeta.

Escribe Unamuno con descuido de la forma; se detiene lo menos posible á pulir el período; se expresa en un idioma que no es propiamente el suyo; confiesa él en uno de sus libros que maneja el castellano con deficiencia; su prosa suele presentarse desgarbada; se le escapan por tener el oído atento á la armonía de los pensamientos, el número y la ligereza de la frase. El estilo comprende las ideas y las formas peculiares del autor; pero es factible una relativa separación de los elementos que concurren necesariamente á crear la fisonomía del escritor de raza. Los pensadores españoles que yo conozco, descuidan en sus obras lo extrínseco — vaya esta palabra del derecho civil — sin provecho de lo intrínseco. Con todo, ¿no sería de temerse que el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, al ganar en el orden y compostura de la dicción, perdiera parte del encanto que en sus páginas encontramos ahora? Es Unamuno, cual pocos, *poeta por dentro*. Poeta por la generosidad de sus visiones; poeta á la manera de Don Quijote, de nobles empresas é ideales pensamientos. «Y aún llego á sospechar — observa en su libro Unamuno — que mientras he estado explicando y comentando esta vida me han visitado secretamente Don Quijote y Sancho, y aún sin yo saberlo, me han desplegado y descubierto las entretelas de sus corazones.»

Nobilísima fe del caballero vasco, sin sombra de levadura literaria! hermosa confesión de quien, á haber vivido en remotas edades, hubiera sido caballero andante, y en los presentes tiempos, menos poéticos y menos dorados por las virtudes heróicas, se resigna á ser sembrador de conocimientos en la Universidad de Salamanca. Cuán respetable es el quijotismo de Unamuno; cuán sincero trasciende su apostolado sin hipocresías y sin preocupaciones!

Jamás aparece enamorado de la letra en perjuicio del espíritu. Su culto se dirige al héroe manchego, á quien considera más real que á Cervantes mismo, nó al libro; original y aún paradógica manera de contemplar la poesía ajena, convirtiendo su substancia en propia substancia, con ánimo de descartar de enmedio al creador del poema, que apenas es un biógrafo de un tipo histórico, concreción simbólica de un pueblo, relato auténtico de los hechos

reales é indiscutibles de un personaje, el cual encontró su historiador; pero que de todas maneras habría dejado renombre imperecedero. Extraordinario punto de vista es, por lo dicho, el en que se coloca Unamuno. Llegaría Cervantes, habitador del Empíreo, hasta agradecer al comentador su comento, porque el inmenso amor de Unamuno para Don Quijote le hace digno de la mayor alabanza y propicio á todo perdón; aunque no dejaría el pobre manco, cuya vida fué muchas veces más dolorosa que la de Don Quijote, y en tal proporción meritoria, de sonreír con la melancólica sonrisa de su humorismo nunca igualado.

Despojemos á Don Quijote de la Mancha del ropaje con que lo vistió Miguel de Cervantes; quitémosle el estilo al libro; la triste y suave ironía que el historiador puso al relatar las proezas del caballero ¿y qué nos quedará? Una figura de ficción, novelesca, un caballero andante que realiza hechos estupendos, verbigracia, Amadis de Gaula.

Cierto es que Don Quijote representó en un momento histórico el alma española; y que Cervantes halló su creación en el ambiente, los elementos psicológicos indígenas necesarios para contrastar, con la locura de uno, el buen sentido del otro; los ensueños del santo con las durezas del héroe, y crear un personaje ıdal, simbólico y vivo; pero ¿acaso los arquitectos geniales tuvieron siempre que hacerlo todo y débeseles menoscabar la plenitud de su obra porque recogieran en la corriente de la vida las piedras miliares para levantar sus fábricas asombrosas?

Caballeros andantes de carne y hueso hubo en España antes de Don Quijote y aún en sus tiempos los había. Iñigo de Loyola fué uno de estos caballeros, de la santa milicia. Bien interesante es la manera que emplea Unamuno para demostrarnos el parentesco espiritual entre Don Quijote y San Ignacio. Veló el santo sus armas según lo cuenta el P. Rivadeneira, su biógrafo minucioso; protegió á las mujerzuelas extraviadas, llevándolas á lugar seguro; disputó con malandrines moros y á punto se halló de desafiarlos á sin igual combate; tuvo que vencer la oposición de sus parientes antes de salir á sus andanzas, y así de lo demás en que se asemejan Don Quijote y San Ignacio. El P. Rivadeneira nos cuenta todo esto. ¿Quién diría que se pueden igualar el libro de Cervantes y el libro de Rivadeneira? ¿Que virtudes alejan

el uno del otro inmensamente? Las virtudes del genio de Cervantes. Es imposible despojar el Quijote de las vestiduras que le puso su autor; por eso todas las traducciones que se han hecho del Ingenioso Hidalgo son más ó menos tapices vueltos al revés. Unamuno pierde de vista que los hechos de Don Quijote valen infinitamente más, pero contados por Cervantes.

Si una que otra vez el narrador de las aventuras del héroe se muestra inferior á su empresa; si ofende de burlas al caballero digno de todo respeto, débesele disculpar tamañas irreverencias que deslustran el limpio brillo de su obra. ¿Acaso todo creador no tiene horas en que reniega de los hijos del espíritu? ¿La naturaleza misma no se complace en ridiculizar sus creaciones, en hacer caricaturas de las más armoniosas formas que antes concibió con amoroso deleite?

La tarea que se ha impuesto el profesor salmantino al dar a conocer en las revistas madrileñas el movimiento literario de la América hispana tiene laudables consecuecinas. A los autores ibéricos les conviene fomentar las relaciones intelectuales en las antiguas colonias españolas, por bien de su fama y provecho de sus libros que se venderán en más extenso mercado. Si en América se han mirado con desvío toda suerte de productos peninsulares, la culpa principal la tienen ingenios y mercaderes españoles. España ha debido hacer siempre esfuerzos inteligentes y constantes por conservar sus influencias legítimas en estos píases. Muy poco hace por medio de sus diplomáticos para fomentar el acercamiento de su pueblo y el nuestro. Sus letrados nos desconocen en absoluto, y se necesita que vaya á Madrid un Rubén Darío para estimarla, y nos tienen—con excepción de Buenos Aires—por indios sin catequizar ó cuando más por mambises acicalados de generales. «Puede aparecer allá un libro maravilloso —me escribe Unamuno, — definitivo, de los que entran en el caudal de la literatura universal y decirlo aquí en España los que nos interesamos por cosas de América. Primero no nos lo creerán...»

Se comprenderá fácilmente por qué Unamuno se ha impuesto el trabajo de leer obras americanas y por qué razón goza de simpatías, que se traducen para él en alabanzas merecidas y en cordial acogida para sus obras.

Libre de preocupaciones de casta, — que hacen á críticos es-

pañoles mirar á los americanos de arriba para abajo, — Unamuno trata los asuntos con amplísimo criterio. No recuerdo haber leído en otro escritor español conceptos tan noblemente despojados del prejuicio de casta, como los que van en seguida, tomados del estudio *Algunas consideraciones sobre literatura hispano-americana*, que registra *La Lectura*, en sus números de Septiembre y Octubre del extinto año de 1906:

« Antes de ahora lo he dicho, y aquí creo deber repetirlo. Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer de América, ó que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de perspectiva; pero á la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto á América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No, desde que el castellano se ha extendido á tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convenirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española ó hispánica, en cuya contínua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, ó en Corrientes, ó en Chihuahua, ó en Vizcaya, ó en Valencia. La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder — si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos — la hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar á trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.

« Y lo que digo de la lengua digo de la literatura. Decir que las literaturas hispano-americanas no se distinguen sustancialmente ni forman en el fondo, nada diferente y aparte de las literaturas españolas, es decir que la literatura española no se distingue sustancialmente ni forma en el fondo, nada diferente y aparte de las literaturas hispano-americanas. Y si se me dice que la española pre-

cede á aquellas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga á la de llamar á los americanos hijos nuestros, como si ellos no descendiesen de los conquistadores por lo menos tanto, y de seguro más que nosotros. Es aplicar á cosas del espíritu un criterio meramente topográfico. Aquello es una continuación de la España del siglo XVI tanto como esto, y en regiones americanas, en parte de Colombia, v. g., aún más fielmente que esto.

« Cierto es que nuestros escritores influyen en América; pero ¿acaso no han influído en España, é influyen hoy mismo, escritores americanos? Y si no tanto aquéllos aquí como éstos allí, se debe á que su producción es más escasa, por razones especiales. Y cada día, es de esperar, influirán más. Hoy mismo ¿cabe negar la influencia, buena ó mala, mejor ó peor, que de esto no nos toca tratar ahora, de Rubén Darío en la juventud española que al cultivo de la poesía se dedica? ¿Cabe negar la que ha ejercido José Asunción Silva, aún en muchos que han fingido desconocerlo?»

A Unamuno no puede juzgársele aún con suficiente acierto. Quizá sea este un momento inoportuno, porque, yo me engaño, ó su espíritu se halla en el comienzo de una fecunda floración de ideas prometedoras de abundante poesía. Para el creador llega la hora núbil en que se realizan sus nupcias con la vida y la belleza. El incansable vasco, tenaz y enérgico como su pueblo, estudia prodigiosamente, lee con aterradora rapidez y se informa de todo lo interesante que sucede en el mundo. Lo considero llamado á influir, cuál ningún otro pensador español visible, en la renovación de su patria y en el desarrollo de las relaciones comprensivas y útiles de España con los pueblos americanos. Varias veces ha conmovido el alma nacional; sus atrevidas disertaciones acerca de la institución militar y el patriotismo españoles, lo consagraron como verídico conductor de huestes pensantes .Su valor civil, su intrepidez ciudadana, tienen de compararse á los de Zola y Anatole France, en caso análogo.

Para Unamuno, todo lo humano debe ser comprendido, á lo menos explicado. En su *programa* ha dicho:

« Cada día me interesan más los sentimientos y los hombres, cada día me interesan menos las ideas y las cosas.

« Por mi parte, no pretendo convencer á nadie de nada; en rigor, y pese á las falaces apariencias, jamás lo he pretendido. Si una arbitraria afirmación mía — casi todas mis afirmaciones, cuando son mías de verdad, son arbitrarias — te corrobora en tu opinión, contraria á lo que yo afirmo, ó te hace formar tal opinión, estoy pagado. Tomo de mis prójimos, no sus ideas, sino el calor con que las sostienen, calor de humanidad.»

Despues de una declaración tan amplia de tolerancia, cual conviene á varón del intelecto de Unamuno, se hace dificil hallar la razón que tuvo para unirse á Azorín y á Manuel Bueno en protesta contra las manifestaciones ruidosas que el pueblo español hizo recientemente á D. José Echegaray. Unamuno conoce, como el más sociólogo, autor de *En torno al Casticismo*; observador permanente de las multitudes; versado en reconditeces psicológicas; maestro de juventudes, todo parecía indicarle que el homenaje al anciano dramaturgo elegido por la academia sueca para conferirle el premio Nobel, era justo y propio del pueblo cuyo carácter ha interpretado en parte el autor *El Gran Galeoto*. Quizá fué la oposición al homenaje un brete de aquel individualismo zahareño que señaló Plinio en los iberos, defecto que disgrega en un momento las mayores fuerzas de cohesión de nuestra estirpe y nos hace incapaces de una acción común política ó social, prescindiendo de los detalles que no armonicen con todas las aspiraciones, con el fin único de llegar á un resultado de beneficios generales.

El insigne sociólogo del idioma castellano, Sr. Julio Cejador, llama á la faz del carácter español, de que hablo, «individualismo brutal»; y D. Manuel Bueno, escritor de nervio entre los mejores de la juventud hispánica, dice: «El atomismo, el individualismo orgulloso y rebelde que acaba de descubrir Martín Hume en el subsuelo de nuestra raza, es achaque tan viejo que ya Strabón, al mentar á los españoles, escribía «que por su altanería no alcanzaban á unirse entre sí ni podían mantener sus alianzas, de donde nació el no poder ser iguales en fuerza á los que de fuera venían á embestirles.» (*El falso Hidalguismo*).

Y más adelante agrega:

« El único pueblo imposibilitado de un gran acto de contrición ó para un movimiento de redentora protesta es el nuestro, porque

nadie acepta la iniciativa de su vecino ni se allana á obedecer ó secundar lo que otro ha pensado.»

Ese individualismo, que se diría es un espíritu de contradicción fuertemente arraigado en el alma indígena, es nuestro gran inconveniente en la lucha por el progreso, y tal vez la fuente ingénita de nuestras guerras civiles. El pueblo español, y más aún, sus descendientes cismarinos no saben resignarse á tiempo ni menos deponer su individualismo en aras de un pensamiento general de trascendentales consecuencias. Es posible que me equivoque, pero creo que el individualismo español tiene una raíz radicalmente opuesta á la del individualismo inglés, que tan extraordinarios triunfos ha obtenido en favor de la dignidad humana. Cuando los españoles se asocian quedan tantos individuos como personas se congregan; cuando los ingleses se asocian no aparece sino una persona que piensa y que obra.

Y vuelvo á Echegaray para explicar por qué no hallé acertada la protesta de Unamuno. Echegaray es un representante de ciertas virtudes ó modalidades del pueblo español. La Nación ibérica ama las tragedias resonantes y sangrientas. El Circo es su fiesta por excelencia. El español busca los colores precisos, las situaciones dramáticas, los lances pasionales, el ruido y las emociones evidentes. Entiende á Segismundo y apenas oye á Hamlet; con Ibsen bosteza y á Maeterlinck, afortunadamente, no se le entiende allá, ni aquí mucho menos. Digo esto sin ánimo de mortificar á nadie. Los descendientes del león ibero somos lo mismo; y no es que yo reniegue de la estirpe; líbreme Dios de parecerme á esos descastados que por haber dormido en París y Nueva York, se hacen los ingleses, maldicen del idioma y de todo lo patrio y no se acuerdan de su país más que para explotar su tesoro. Bien al contrario, á honra tengo la estirpe, y si ahora — vaya ello sin ironía — me prometiera un Genio, de los que andan en cuentos de hadas, la trasformación de *nuestra* sangre aborigen, convertida por arte de encantamiento y suprema alquimia, en sangre yanqui, pongo por caso, le tiraría á la cara al Aladino la bacía que yo tengo por yelmo.

Yo no cambio mi lámpara de oro viejo por la lámpara de oro nuevo del mago. Si es triste que un hombre envidie, en vez de

sobrepujarlo, á otro hombre, cuánto más triste que un pueblo envidie á otro pueblo!

Echegaray es un tipo castizo, conforme con el modo de ser de los españoles. ¿Acaso la tolerancia, base del pensar del profesor vasco, y la armonización de las distintas filosofías, consecuencia de su lúcido criterio, no le bastaban para explicarse la preponderancia del poeta laureado?

A manera de los conductores de pueblos, Miguel de Unamuno entra en la pelea; que sólo en el combate se ve quién tiene alma yusta-puesta y quien la trajo desde el seno materno. Desconoce el recinto de la torre de marfil; prefiere vivir en un castillo almenado que tiene fosos, vigías y mesnada que lo defienda.

Defiende lo que debe defenderse: la patria en lid abierta, sin patrioterías, orientando su espíritu á todos los vientos; defiende la libertad, que no es un vano nombre ni puede ser enterrada porque claudiquen todos los desalientos y giman todos los excepticismos; defiende la religión, mejor dicho, el sentimiento religioso, porque es aquella elevación de las almas en presencia de lo desconocido; defiende la tradición castiza, no la que aspira á conservarse por vieja, si no la que debe perdurar por generosa; defiende á su pueblo del prosaismo enervador, y le grita ¡adelante!, señalándole el camino de la nueva jornada.

Idealista de raza, magnificado por su idealismo, es Unamuno. Es de aquellos héroes que no temen ser derrotados. El mundo está repleto de hombres que temen ser derrotados. El catolicismo, v. gr., no cuenta hoy en sus filas un solo hombre que no tema ser derrotado, por lo cual no existen Iñigos de Loyola, ni Teresas de Jesús, ni Franciscos de Asis. La especie carecería de objeto si no surgieran de cuando en cuando esos Duques de los Abruzzos que van en busca del polo Norte, sabiendo que serán derrotados por la soledad; esos médicos que se inyectan sueros inexperimentados con conocimiento de que van á exponerse á la muerte.

Unamuno es intimamente indígena. Sírvele lo que toma de las fuentes universales de las ideas para hacerlo entrar en su alma castiza. Los creadores son duros — dijo el Solitario; — Unamuno es duro con su casta. Les habla á españoles y americanos, en el lenguaje más claro, las verdades necesarias. Pero, qué hermoso es el amor del poeta por su pueblo! Nada pasa inadvertido para

Unamuno de lo que interesa al desarrollo de las unidades nacionales, á las relaciones de los países de un mismo orígen hispánico, á la producción literaria ó científica de los grupos sociales. Estudia con cariño la historia americana. A sus manos llegan los libros y las revistas de todo el Continente. De tan vasto acervo toma lo útil para formular síntesis críticas. Las de Unamuno son generalizaciones muy sustanciosas. Hace crítica comparada en sus ensayos publicados en las revistas madrileñas. Sus análisis resultan generalizaciones acerca de los pueblos americanos.

Le carga el cosmopolitismo; lo considera una especie de *filoxera*, de *gota* que le cayó á la vid española ó á la papa de la Sabana. El ansia de informaciones de todo lo extraño nos ha privado de conocer lo propio, sobre todo de sentirlo y de amarlo. El exotismo literario nos obliga á pasar indiferentes ante el Magdalena mientras nos empeñamos en ayudarles á los bardos germanos á describirles el Rhin ó á cantar el Mosela. El cosmopolitismo es libresco. «Lo universal — dice el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho* — riñe con lo cosmopolita; cuanto más de su país y más de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas todas.»

Tal es el principio ú opinión, que sirve á Unamuno de guía en sus juicios acerca de la producción suramericana y de la peninsular que se apartan por mal modo de la observación sincera y de las emociones vividas en fraternidad con la familia propia y el solar nativo.

Pone esmero el crítico peninsular en alejarnos del cosmopolitismo literario y de los gustos exóticos. Se sonríe amablemente cuando observa que nos entregamos en Sur América á los juegos malabares de la literatura y que mientras tenemos el cuerpo sometido al medio físico, viaja el alma al través de los libros, olvidada del más fecundo aprendizaje, el que deja la vida misma que vamos viviendo

A porpósito de un estudio de jugosa doctrina, escrito por el Sr. de la Riva Agüero, crítico peruano á quien encuentra acertadísimo Unamuno, trata éste por magistral manera de varias tesis relacionadas con las tendencias de las letras hispano americanas: de nuestro prurito de imitación, especialmente de lo francés; de nuestra falta de ideal; de las diversas especies de americanis-

mo; de la influencia de los escritores peninsulares en nuestra literatura; del desvío con que miramos la labor del pensamiento inglés, etc.

Es el ensayo que cito un dechado de crítica comparada. Las observaciones que lo esmaltan suelen parecer paradojales. Las paradojas son verdades que aún no tienen el sello de la evidencia; verdades que juegan en la cuerda, como los acróbatas, según pensó el extraordinario Oscar Wilde.

Dice Unamuno, por ejemplo, al hablar de Hipólito Taine: fué «portensoso falsificador y sistemático caricaturista.» Esto es mucho más exacto, sin duda, que afirmar nos dejara el pensador francés un concepto sobre el arte; siendo así que dejó un *método*, pero no un concepto. Preferibles son las paradojas, opiniones que todavía no han sido vividas ó verificadas sino por un individuo á esas mentiras preestablecidas.

El tema del exotismo y del cosmopolitismo daría para escribir hastas páginas. He de volver otro día á tratarlo. Por ahora deseo hacer una pregunta, que dedico á nuestros ingenios polemistas:

Cuando somos los americanos más exóticos y más chirles: ¿al traducir por centésima vez las odas de Horacio y las Eglogas de Virgilio, ó al seguir las modas literarias actuales, que son maneras de ver y de sentir de los hombres contemporáneos, en otros pueblos intimamente unidos á nosotros?

La obra de Unamuno es ya extensa y cada día interesa con mayores veras. La prensa nos refiere que recientemente terminó una conferencia en Barcelona con este grito: ¡Viva la verdad! Creo haber anotado que Unamuno carece de sectarismo; de modo que ese grito significa: vivan *nuestras verdades* humildes, nuestras verdades sentidas, amadas en un santo silencio ó en una actividad noble.

Sí, cuando hay quienes pretenden asesinar la verdad enterrándola viva bajo arcos de muerte, debe gritarse: ¡Viva la Verdad! aunque se necesite explicar que ésta no es la Verdad con mayúscula de los enlabiadores americanos.

MAX GRILLO.
(Colombiano)

SU SONRISA

—Señorita: no se sonría.

Ella lo miró algo asombrada. Luego, sonrió.

Caía el crepúsculo con blandura otoñal. A lo lejos, una casa de dos aguas cortaba con mojinete en «bendito» la monotonía del campo ondulado, de un verde amarillento. El cielo parecía tierra arada envuelta en una niebla negruzca, cada vez más espesa. Alambrados y vagorosos animales, distinguíanse apenas como encajes de telarañas y moscas prisioneras, en las proximidades de la estancia, donde los dos jóvenes conversaban cuando el sol había escondido sus regueros de sangre.

—¿Porqué sonríe, nuevamente?

* * *

Lindo muchachito! Pasaba de los veinte, pero aún no tenía la fatal arruga que prolonga melancolicamente la mejilla partiendo del ala de la nariz, en sinuosa curva, para perderse en el menton. Ojos azules y brillantes, ojos de záfiro animaban con arrogancia su bello rostro rebosante de energía. Y su voz era queda, preñada de misterios sentimentales.

Ella...

¿Sabemos acaso en que consiste lo femenino?

* * *

—No sonría, Enriqueta! Me duele el corazón.

Talvez pensaba en la Gioconda. La inefable sonrisa que perpetuó Leonardo da Vinci, cruzaba quizá en el recuerdo de Anibal Marcel al solicitar, con sollozos en el acento, que Enriqueta per-

maneciera grave. Además, la hora, el murmullo de la naturaleza recogida, el cielo mortecino, la poesía mansa de las cosas... ¿qué sabemos?...

Enriqueta era adorablemente linda. Tan linda que parecía coqueta.

—Si no sonriera, contestó al cabo, no sería dichosa. Bueno, Aníbal, prosiguió con cierta volubilidad no exenta de tristeza, usted hace lúgubre al mismo Paraíso. Deme la mano... no se asuste que no se la pido en matrimonio sino con cariño fraternal, y un buen *shake hand* disipará sus taciturnos secretos.

—No sonría Enriqueta! repitió el jóven sin tenderle la mano. Mire que si no...

—¿Si no? provocó la bella niña.

—Si no... ¿Porqué es usted así? No es buena?... No siente alguna vez que... que... hay algo alrededor nuestro, algo muy dulce y muy... Vea! le parezco un zonzo, ya lo sé, pero no lo piensa. No... Ah! ya desapareció su sonrisa.

Sí, había desaparecido. Más aún: Enriqueta lloraba.

El paisaje condecía con la amargura apoderada subitamente de la linda joven. El rancho lejano, la oscuridad creciente, el silencio poblado de rumores, el amor ¡sí, el amor!, ponían su tinte evanescente en el alma de los interlocutores.

¿Comprendió Aníbal su victoria?

Tiempo hacía que amaba á su prima Enriqueta. Desde sus románticos quince años, despues de leer á Victor Hugo. Entonces ella tenía trece y gozaba los beneficios de las libélulas. Pero en el transcurso de su vida amable se tornó enigmática y á cada momento sonreía, sonreía de una manera extraña, sonreía como una mujer, siendo aún una niña.

Y por eso Aníbal, enloquecido, le prohibió en aquel crepúsculo otoñal, su sonrisa de esfinge. Y ella lloró.

¿Lloró por su sonrisa?...

Al año siguiente, los primos se casaron. Pero Enriqueta no sonrió nunca más. ¿Os acordáis del «Cuervo» de Poe?...

Nunca más!

ANTONIO MONTEAVARO.

COSAS DE ANDRESILLO

Pues... aquí estoy señores. Pues... yo soy Andresillo
¿No recuerdan ustedes? Yo soy aquel chiquillo
á quien el gran Quijote librara cierto día
—porqué ahí encajaba bien su caballería—
de la nube de palos que mi amo furioso
sobre mí descargaba ferozmente donoso.
Al pobre señor loco le hice una ruin ofensa
maldiciendo más tarde su gallarda defensa,
dejándole mohino, cabizbajo y corrido.
(Sé que fuí un mentecato.) Después, arrepentido
al correr de los años, comprendiendo la humana
obra que yo pagase con acción tan villana,
deseoso de la gracia del noble caballero,
sobre su incierto rumbo interrogué al ventero
y el muy bellaco riendo me relató su muerte.
(Desde entonces empieza lo malo de mi suerte.)

II

Así, olvidando algunas de las cerriles mañas,
vine á ser otro andante, soñador de fazañas
inauditas y fieras en lides peligrosas,
que los encantamientos no hacen siempre sabrosas
Porque ya se mostraba cansado de su dueño,
al flaco Rocinante cambié por Clavileño,

y recorrí la tierra buscando honor y fama
que ofrecer á mi hermosa desconocida dama,
de quien he recibido desdenes y rigores...
hasta que al fin vencido de los encantadores
me trajeron á esta prisión ó manicomio,
una institución sabia digna de todo encomio,
en donde escarnecido sin cesar, y burlado
como mi buen maestro, seriamente he pensado
que desfacer agravios no es sinó una locura
que honrase solo al triste de la Triste Figura.

III

Aquí medro y engordo. Tranquilamente yanto
sin jamás acordarme de mi viejo quebranto
tan magro y tonto. Nunca ni aún en broma peco
suspirando retornos al antiguo embeleco.
No hay una sola parte donde mire y no encuentre
como emblema del Siglo una bolsa y un vientre...
Y así va todo esto: de la misma manera
que en los menguados tiempos de la pasada era.
Los potentados viven de prematuros cielos,
y los que nada tienen que se lo papen duelos...
De las lanzas gloriosas de las justas de antes
hoy harían bastones los duchos comerciantes,
y, sacando provecho, del yelmo de Mambrino
venderían quincallas para guardar tocino.
Si se habla á Dulcinea de amorosas pasiones
no es mucho que se mezclen venteriles razones:
—Los valientes envíos, vizcainos y gigantes,
ahora se traducen en perlas y brillantes—
Basilio está de malas: aunque audaz el muchacho,
sus industrias no valen las ollas de Camacho.
Hasta Aldonza Lorenzo, la hija de Corchuelo,
reniega de los callos que heredó de su abuelo.
—Si bien ya es una dama no sé porqué barrunto

que el olor de los aj' s anda muy en su punto.—
Para los que libertan recuas encadenadas
ahora como entonces hay asaz de pedradas.
Ginesillo ha dejado de ser titiritero;
por sospechosas artes ha ascendido á banquero.
El barbero y el cura pregonando sus ciencias
en buenas migas, raspan y escrutan las conciencias.
El bachiller Carrasco, sin reposar momento
pontifica en la cátedra de su doctoramiento,
deslumbrando á los bobos, que serán sus secuaces,
y acallando la grita de los puros y audaces.
(Mi aporreado maestro no hubiera permitido
que mease en su celada ningún recién parido.)
Los yangueses de marras, prontos en sus desmanes,
cuidan yeguas ajenas y se llaman rufianes.
A la Justicia—¡pobre reina Micomicona!—
cualquiera Malambruno le hurta la corona.
—Los andantes del día se salen del camino
si ven á la distancia las aspas de un molino;
aunque hoy poco valdrían los hidalgos gentiles
fuertes perseguidores de pícaros y viles,
pues doncellas y viudas hallan amparo en esos
burdeles de oratoria con nombre de Congresos.
Muy semejante á aquello—quizás en lo aromado—
que cuando los batanes hizo Sancho apremiado
por urgencias mayores en situación bien crítica
hay aquí cierta cosa que se dice política.
Los gobernantes gozan de mil prebendas diarias
y se rascan y comen en estas Baratarias
porqué, en pos del misterio de los grandes destinos
nadie baja á la honda cueva de Montesinos.

IV

En fin... quietos curiosos: malicio que ya es mucha
peroración y acaso me merezca una ducha
del jayan enfermero cuidador de mis males,

—en verdad que me ahorquen si yo sé de los tales—
y peor es meneallo. Conque,... buenos señores,
hasta... que os permitan mis doctos curadores
nuevas famosas burlas, si no teneis reparo
de oír, en ratos de ocios, á este *caso* tan raro
que dos, unicamente, la humanidad ha visto,
y ellos no fueron otros que Don Quijote y Cristo.
Aquí me hallareis siempre, manso á las exigencias
de discretas preguntas, y suaves ocurrencias
de los graves galenos ó de vuesas mercedes,
honesto y comedido como lo ven ustedes...

EVARISTO CARRIEGO.

PRESENTE GRIEGO

(1er Premio del Concurso Dramático del Teatro Nacional)

Fantasía trágica en un acto, original de

OTTO MIGUEL CIONE

PERSONAJES

Doctor Guerra	*Sr. Guillermo Battaglia*
Blanca (hija del anterior)	*Sta. Blanca Podestá*
Julio (novio de la id.)	*Sr. Julio Escarsela*
Tristán (asistente de laboratorio)	*Sr. Arturo Podestá*
Dª. Josefa (vieja criada)	*Sra. Josefa Lanaro*

ACTO ÚNICO

Un gabinete de química. Lateral derecha dos puertas, id á la izquerda. Al foro, puerta vidriera y dos ventanas á sus lados, por entre las cuales se divisa un invernáculo y varias jaulas de víboras en fila.

Una mesa de laboratorio, con tubos de ensayo, frascos de hidrógeno, matraces, alambiques, pipetas, mechero Bunsen, estante con frascos de varios colores y una *estufa* de *desecación*. Dos ampollas de suero. Un microscopio, soportes, una geringa hipodérmica. Una pequeña biblioteca. Mesita y cerca de esta á la derecha, una *chaise-longue*

Al levantarse el telón, Tristán estará en la mesa del laboratorio, estudiando al miscroscopio; luego de un rato consulta el termómetro de la estufa, abre ésta y saca una lámina de cristal y la observa. Cuando se haya hecho absoluto silencio *en la sala del*

teatro, entrará Guerra con un libro en mano; al llegar al centro de la escena, leerá en *voz alta, claramente* y con toda *lentitud*, haciendo pesar lo que lée.

ESCENA I

TRISTÁN luego GUERRA

(Ambos visten blusas de laboratorio)

GUERRA—*(Leyendo)* «Cada una de nosotros lleva en sí un fragmento del dolor universal, presente griego que nos ha legado en herencia, la fatalidad que preside los destinos de los séres humanos!» *(Marca el márgen de la hoja con un lápiz y cierra el libro).*

TRISTÁN—*(Presentándole una lámina de cristal)* Aquí está el veneno del Cobra Capelo.

GUERRA—*(Examinando la lámina).* Ah! el veneno del Cobra! muy bien. ¿Lo has desecado en la estufa?

TRISTÁN—Sí.

GUERRA—¿A cuantos grados?

TRISTÁN—67 grados centígrados.

GUERRA—*(Mirando)* Bien! Mira, Tristán, qué peculiaridad. El veneno desecado del Cobra dá laminillas cristalizadas que parecen topacios. Sólo he encontrado el mismo carácter en el veneno de la Pao Preto del río Marañón.

TRISTÁN—Pero la Pao Preto es una viborita.

GUERRA—Claro; el cobra es grande, que tiene que ver. Toma el veneno *(se lo dá)* y haz la solución *infinitesimal* para las inyecciones que me voy á dar.

TRISTÁN—¿Se vá á dar?

GUERRA—Claro! Pienso inmunizarme contra la picadura de las viboras. ¿Acaso no la he logrado yá con una liebre? Pues lo mismo he de conseguirlo conmigo mismo.

TRISTÁN—*(tristemente).* Sí se pudiera inmunizar uno contra el dolor que nos acecha eternamente.

GUERRA—*(observándole).* ¿Filósofo estás?

TRISTÁN—El dolor nos hace filósofos.

GUERRA—¿El dolor? ¿Tú sufres?

TRISTÁN—*(Profundamente).* Mucho!

GUERRA—*(Meditabundo).* Ah! ¿El casamiento de mi hija?... ¿es la causa?

TRISTÁN—*(Signo afirmativo).*

GUERRA—Ah! ¿Creo que ustedes fueron novios de niños?

TRISTÁN—¡Eso es!

GUERRA—¡Juegos de la infancia! ¿Y ahora que Blanca se casa con otro te ha invadido el dolor? *(Burlón).* Oye Tristán! Podremos inmunizar nuestro cuerpo contra todos los venenos existentes, pero para el dolor solo hay un antídoto: el ser fuertes como yo. Tranquilízate. *(Pausa).* ¿Hay cloruro de oro?

TRISTÁN—Sí. *(Guarda el veneno del cobra en el estante).*

GUERRA—¿Lo suficiente para cuantas inyecciones?

TRISTÁN—Para una ó dos. Suero Calmette hay dos ampollas.

GUERRA—Apunta en la lista de pedidos, no se te olvide el cloruro. *(Pausa).* ¿Ha comido el *trigonocéfalo?*

TRISTÁN—No quiere, desde hace más de un mes.

GUERRA—Habrá que hacerle ingerir un conejo á la fuerza mañana sin falta. ¿Revisaste las jaulas? ¿Cierran bien?

TRISTÁN—Sí. ¡Ah! ¿Le doy de comer á las sérpulas blancas?

GUERRA—Nó. Quiero comprobar si son caníbales. Hay muchas yá!...

TRISTÁN—La sección de las sérpulas está llena. Se han procreado prodigiosamente. Pululan de á millares. ¡Si las soltáramos, ahora que están hambrientas!

GUERRA—Nos invadirían toda la casa y nos devorarían en un instante como si fuéramos ratones.

TRISTÁN—*(Con fruición)* ¡Qué hermosa muerte!

GUERRA—*(Estupefacto).* ¿Cuál?

TRISTÁN—La de ser sorbido lentamente por las sérpulas blancas del Cambodge!... *(Gesto de supremo gozo).*

GUERRA—Vaya... Vaya... Estás loco! ¿Qué fecna es hoy?

TRISTÁN—15 de Agosto. El cumpleaños de su hija.

GUERRA—¡Pero no acordarme! Es cierto. ¡Hoy es el día del cumpleaños de Blanca!

TRISTÁN—¡Ah!

GUERRA—Pobrecita. Me estará esperando en casa para la comida... No llegaré á tiempo. El tren tarda una hora y cuarto en llegar á Buenos Aires. *(Aterrado).* ¿A que es capaz de venirse á San Martín?

TRISTÁN— *(Sobresaltado).* ¡Ella aquí!

GUERRA—Sí, es capaz de hacerlo, á pesar de mi prohibición... ¡Un día como hoy! ¡Dónde tengo la cabeza!

TRISTÁN—Apúrese, si quiere llegar á tiempo á la comida.

GUERRA—Realmente que mis distracciones de sabio pasan ya de la medida! Hace seis días que no voy á Buenos Aires. Ese maldito suero que no resulta eficaz, tiene la culpa. *(Pausa).*

TRISTÁN—Sin embargo debe estar satisfecho de sus trabajos. La Academia de Ciencias de París le ha nombrado socio honorario por su monografía acerca del veneno de las yararás...

GUERRA—Oh!, lo que vale más para mí, es la felicitación del doctor Calmette, el toxicólogo más grande de los tiempos modernos.

(Suena el timbre).

(Va Tristán y vuelve con un cajoncito y una carta)

GUERRA—*(Abre la carta).* Escucha, Tristán, es del doctor Nilson. *(lée lentamente).* «*Mi querido doctor Guerra: De vuelta de mi viaje por la India, he creído que el mejor obsequio que podía traerle, es un hermoso ejemplar de hamadrías. Me ha costado infinitos trabajos conservarlo vivo á pesar de las penurias propias de un viaje tan largo. Pero felizmente he llegado bien y el regalo que le hago en iguales buenas condiciones. Muy afectuosamente, etc. etc. (hablando).* Un hamadrías!! La víbora más venenosa del mundo. No hay ser que pueda seguir viviendo después de su picadura. *(Mirando el cajoncito).* Está viva. ¿Hay alguna jaula disponible, bien abrigada?

TRISTÁN—Sí! La del Pitón Egipcio que murió antiyer.

GUERRA—¿Qué temperatura hay en el invernáculo?

TRISTÁN—28 grados.

GUERRA—Habrá que elevarla á 37 grados.

(Se oyen voces en la escalera. Tristán lleva el cajoncito hacia la izquierda mientras el doctor vá á la puerta).

ESCENA II

Dichos. BLANCA, JULIO y JOSEFA

BLANCA —*(Entrando).* ¡Papá!, ¡Papá!!

GUERRA—Hija mía!

BLANCA —Olvidarme en el día de mi cumpleaños! Eso no tiene perdón de Dios!

GUERRA—Es cierto. ¿Que tal, Julio?

JULIO —Querido Doctor!

GUERRA—También la buena Josefa, eh! ¿Cómo ha consentido usted en ser de la partida?

JOSEFA—Yo no quería venir, sabiendo que usted tiene prohida la entrada, á todo el mundo en la quinta, pero Blanca se empeñó en hacerlo, y hemos tenido que venir.

GUERRA—Han hecho mal! Esta casa está llena de peligros.

BLANCA —*(Mimosa).* Bueno, hoy no quiero sermones. Hemos venido y san se acabó. Tú te vistes en seguida y nos vamos á la ciudad donde nos espera una buena comida. *(a Josefa).* Vete á recoger unas cerezas á la quinta; hoy quiero comer muchas cerezas. ¡Tenía tantos deseos de visitar la casita donde nací! Desde que te has dedidado á estos estudios yá no me permites venir...

GUERRA—Y con mucha razón, hija mía. Que sea esta la primera y última vez que suceda!

BLANCA—Sabrás, papá, que Julio ha señalado fecha para nuestro casamiento.

GUERRA—¡Muy bien! ¿Y cuando?

JULIO—Para el 1.° de Septiembre.

TRISTÁN—*(Que entra, se detiene de golpe, llamando la atención sobre sí).*

BLANCA —Tristán! ¿Cómo estás? ¿Que tal te va?

TRISTÁN—Muy bien, Señorita Blanca. *(Guerra y Julio se apartan conversando).*

BLANCA—*(burlándose).* Señorita, Señorita... dime Blanquita. ¿Te acuerdas, cuando jugábamos á los novios?

TRISTÁN—*(dolorosamente).* ¡Cuando jugábamos á los novios!

BLANCA—*(Seria).* Cuando se és niño, se hacen tantas tonterías. Felizmente de todas esas locuras no queda ya nada...

TRISTÁN—Felizmente no queda ya nada!!...

BLANCA—*(apartándose hacia Guerra).* Dime Papá: ¿Están los baules en la pieza del fondo?

GUERRA—Sí.

BLANCA—Fígurate que á Julio se le ha ocurrido que le regale mi retrato de primera comunión, y me acordé que tenía uno...

TRISTÁN—*(En voz baja).* El retrato.

BLANCA—*(Oyéndolo).* ¿No está ya?...

TRISTÁN—Sí... Nó... creo que sí...los otros días estuve buscando unos apuntes del doctor y creo haberlo visto.

BLANCA—¿Dónde Tristán?

TRISTÁN—*(Resueltamente).* En el canasto... de la izquierda, entrando...

BLANCA—¡Está abierta la pieza?...

TRISTÁN—Nó. Voy á traerle la llave...

(Váse por la derecha llevándose la mano al lado del corazón.)

BLANCA—*(Observándolo).* Que raro está...

GUERRA—Siempre ha sido maniático. Desde que era niño y lo recogí en mi casa, ha sido de naturaleza sombría. Bueno, voy á mudarme de ropa y vuelvo. No se les vaya á ocurrir entrar en el invernáculo. ¡Está lleno de víboras! *(Váse por la izquierda).*

ESCENA III

BLANCA y JULIO

BLANCA—*(Tomándolo del brazo va con él hacia la vidriera y tras breve pausa después de mirar hacia adentro).* Me dá miedo!

JULIO—¿De qué te asustas, Blanquita?

BLANCA—No, estoy tranquila. Cuantas víboras encerradas en sus jaulas, durmiendo perezosamente. ¡Mira! Mira aquel enjambre de viboritas blancas ¡qué horribles!... ¿Habrá un millón?

JULIO—No tanto...

BLANCA—¡Como saltan!

JULIO—*(apartándola)*. Hablemos de otra cosa!

BLANCA—¿De qué quieres que hablemos?...

JULIO—De nuestro amor, de nuestra felicidad futura.

BLANCA—Oh! mi Julio querido! ¿Dónde pasaremos nuestra luna de miel?

JULIO—Donde tu quieras... Un viaje...

BLANCA—No, seamos egoistas... Iremos á un paraje solitario, donde no haya importunos, donde la felicidad más completa nos rodée... Dime Julio: ¿Acaso no somos acreedores á la felicidad? Jóvenes...

JULIO—*(Burlón)*. Lindos!

BLANCA—No te burles! Así no quiero!

JULIO—¡Amándonos sobre todas las cosas!

BLANCA—¿Verdad, que nada hay más fuerte que el amor, Julio?

JULIO—Creo que nada hay tan fuerte como el amor! *(Vá á besarla en la frente)*.

GUERRA—*(Desde adentro)*. Muchachos, vengan que les voy á mostrar una cosa muy rara; el veneno del cobra! ¡Van á creer que son topacios! *(Julio y Blanca van á ver y ya cerca de la puerta entra Tristán)*.

BLANCA—*(Deteniéndose)*. No, yo no quiero ver eso. Vé tú.

JULIO—Ya vuelvo! *(Váse)*.

ESCENA IV

BLANCA y TRISTÁN

TRISTÁN—Señorita Blanca, aquí está la llave.

BLANCA—*(Indiferente)*. Ah! la llave. *(va á tomarla y queda perplejа al notar su aspecto)*.

TRISTÁN—*(En voz baja)*. Oigame usted, Blanca, unas pocas palabras tan solo...

BLANCA—Pero...

TRISTÁN—*(Sombrío).* Ya sé que usted no querrá oirme pero... tiene que oirme.

BLANCA—*(Asustada).* Habla, Tristán.

TRISTÁN—¿Usted se vá á casar?

BLANCA—Creo que lo has oido bien claro...

TRISTÁN—¿Y no meditó usted un solo instante en un compromiso contraído anteriormente?

BLANCA—¡Un compromiso!

TRISTÁN—Un compromiso conmigo!...

BLANCA—*(Ingenuamente).* ¡Cosas de chicos!...

TRISTÁN—*(Conteniéndose).* No, Blanca. Cuando jugábamos á los novios, como usted dice, ya éramos un poco grandes...

BLANCA—Y bueno. ¿Qué pretendes ahora?

TRISTÁN—Recordarle á usted que ha sido falsa y perjura...

BLANCA—No. Tristán, mientras fuí niña, creí que tú eras el único ser capaz de labrar mi felicidad; pero despues que me llevaron á la ciudad y me separé de tí, me dí cuenta que te tenía un afecto fraternal, nada más, y que mi corazón, era libre de amar... como le diera la gana!

TRISTÁN—¿De modo que se vá á casar con Julio?

BLANCA—Claro que sí.

TRISTÁN—Y á mí, el pobre recogido, el pobre huérfano, sin madre en el mundo, la limosna de un poco de afecto fraternal!...

BLANCA—No pretenderás que te ame á la fuerza...

TRISTÁN—Si yo fuera un civilizado, quizá diría que tiene usted razón, pero como soy un salvaje de alma, — siempre he sido salvaje, — desde el fondo de mi ser, con toda mi sangre bastarda é ignoble, si usted quiere, protesto con una voz que quisiera hacer llegar al infinito, del robo que me hacen...

BLANCA—*(Compadecida).* Tristán yo te quiero...

TRISTÁN—*(Sin oirla).* Tú, Blanca, mi única esperanza, te vas sonriente, dejándome á mí, al pobre huérfano, en medio de las más insensibles fieras de la creación. Al ver tú indiferencia, he aprendido á quererlas; hay más he aprendido de ellas, el ser artero, el ser malo, con

disimulo, ocultando el veneno, en el fondo de mi alma... Soy un impuro, Blanca. *(Pausa).* Tú, quizá me hubieras salvado. *(Pausa).* Cada uno á su destino... *(Pausa grande).* Yo á mis víboras, tú á la felicidad eterna! *(Se calma).* Adiós Blanca, hasta que algún día nos encontremos en la eternidad! *(Pausa).* Tome usted la llave!

BLANCA—*(Tomándola).* Nada de rencores...

TRISTÁN—¡Nada!

BLANCA—¿En el canasto de la izquierda?

TRISTÁN—*(lugubremente).* En el primer canasto de la izquierda. *(Vase Blanca y Tristán la sigue con la vista. Después de un momento entran Guerra y Julio. Tristán inquieto escucha).*

ESCENA V

DR. GUERRA, TRISTÁN y JULIO

JULIO—Dígame, doctor, ¿que son esas víboras blancas que pululan en un rincón del invernáculo?

GUERRA—Ah! son las sérpulas del Cambodge.

JULIO—¿Muy venenosas?

GUERRA—Al contrario, inofensivas.

JULIO—¿Peligrosas?

GUERRA—Peligrosas por el número. *(Mirando).* Están agitadas. Hace tres meses que no comen.

JULIO—Y con que objeto no las alimenta?

GUERRA—Quiero comprobar si son caníbales, pero creo que nó.

JULIO—¿Y desde que las tiene no comen?

GUERRA—Sí. De cuando en cuando les echo una media res... la devoran ávidamente en menos de lo que tardo en contarla, dejando sólo los huesos desnudos...

JULIO—¿Y aquella serpiente grande que duerme en la jaula de la derecha?

GUERRA—Es un *crótalo*... la otra vez se tragó entera una frazada de lana y la devolvió hecha una papilla...

JULIO—¿Usted no les teme á las víboras?

GUERRA—No; se me han hecho familiares, y luego estoy inmunizado contra el veneno como las águilas, y contra el

dolor como los filósofos. *(A Tristán)* Ah! ¿Y el hamadrías?...

TRISTÁN—*(Como saliendo de un sueño).* ¿El hamadrías?

GUERRA—Sí. ¿El hamadrías?

TRISTÁN—Estará en su cajoncito.

GUERRA—*(á Julio).* ¿Quieres conocer la víbora más venenosa de la tierra?

JULIO—Bueno. Siempre que no haya peligro.

GUERRA—*(á Tristán).* Trae el cajoncito.

TRISTÁN—*(vá hacia la pieza).* Ah, sí!...

GUERRA—A este muchacho le pasa algo.

JULIO—¿Y no habrá peligro en ver la víbora?

GUERRA—No. Tomaremos precauciones; luego la caja de madera tiene otra interna de alambre.

(Trae Tristán la caja).

GUERRA—*(Poniéndose unos guantes).* Con estos guantes, *(á Tristán).* Prepara por las dudas una inyección de cloruro de oro.

(Tristán hace que prepara).

JULIO—¿El cloruro de oro?

GUERRA—Sí. Una ó varias inyecciones oportunamente dadas bastan para evitar los efectos del veneno más terrible

JULIO—Es una suerte contar con ese contraveneno...

GUERRA—También tenemos el suero Calmette. *(Tomando el cajoncito).* Caramba, pesa poco! *(Destornilla las tablas y lanza un grito).* ¿Pero es posible? ¡El hamadrías no está! Se ha escapado... Tristán ¿cómo es eso? *(fuera de sí).* ¿Y Blanca?

TRISTÁN—No sé nada.... Blanca estará en la quinta.

GUERRA—Hay que salvar á Blanca. Corramos! *(desesperado).*

(Se oye un grito estridente y entra Blanca pálida, cayéndose).

ESCENA VI

Dichos, BLANCA, luego JOSEFA

BLANCA—Ay! me muero... me muero!... me ha mordido aquí. . *(muestra la mano).*

(Tristán abre la puerta del foro y desaparece lugubremente).

GUERRA—¡La inyección! *(toma la geringa preparada y le dá una inyección en el brazo derecho).*

JULIO—¿Cómo fué?

BLANCA—*(desfallecida).* Revolvía el cesto, y sentí una cosa fría... después... después...

GUERRA—*(Tomándole el pulso).* Se muere,... se muere... alcance el frasquito que dice «Cloruro de oro».

JULIO—*(Tomándolo).* Maldición, no hay más!

GUERRA—¿El suero Calmette, entonces?...

JULIO—¡Tampoco hay! Las ampollas están vacías.

GUERRA—*(Soltando el brazo).* Todo sería inútil! Ha muerto ya! *(Lanza un sollozo).*

JULIO—*(sollozando).* ¡Mi Blanca!

GUERRA—*(Queda un instante indeciso entre sombrío y sollozando, preocupado; luego toma la geringa hipodérmica y prueba una gota de su contenido).* Esto no es cloruro de oro! Es agua pura! *(Fuera de sí).* ¿Porqué ahora no había ampollas de suero y hoy sí? ¡Dios mío! ¡Entonces hay un criminal, hay un asesino! Hay alguien que ha colocado intencionalmente el hamadrías en... *(Como un rayo de luz).* ¿Y Tristán? El!

JULIO—¿Tristán?

GUERRA—Sí, él! *(con voz estentórea).* ¡Tristán! ¡Tristán! No contesta, habrá huido! Hay que agarrarlo...asesino!... *(Buscándolo).* Dónde? ¿Dónde está?

JULIO—*(Se detiene junto á la vidriera horrorizado).* Que horror! Ha abierto todas las jaulas. Las sérpulas blancas se lo están devorando. Está blanco, blanco!

GUERRA—*(Mira friamente y vuelve á su hija quedando en silencio contemplándola. Julio caé de rodillas detrás de Blanca).*

JOSEFA—*(Entra alegremente).* Niña, las cerezas. Aquí están las cerezas! Niña, niña las cerezas! *(Al notar que está muerta arranca un sollozo y deja caer las cerezas desgranándolas sobre la falda de Blanca).*

GUERRA—¡Y yo que creía estar inmunizado contra el dolor! Pobre, pobres seres humanos! *(En un inmenso sollozo).* Hija mía!

TELÓN

LA ERMITA

La noche se desliza muy densa entre el cielo nubloso y la tierra húmeda, sin el lazo blondo de la luna, ó el ojo de una estrella ó las consuetas sombras vagantes y fantásticas. Algún relámpago de cuando en cuando, como serpiente de fuego, se dibuja en el vacío, recordando á Pantemio que sus pupilas pueden reflejar todavía la luz. De rodillas sobre un bloque granujiento y oblongo, plantado en la margen de un torrente, eleva con el pensamiento al dios implacable de su alma, la invocación postrera. Y las aguas vertiginosas en su fragor ensordeciente parecen interpretar aquella plegaria, acompañándola con arrebatos de llanto, con suspiros de congoja, con susurros y aullidos procelosos.

Pantemio se había dicho: «Sofocaré en mí toda idea.»

A la hora en que sobre la ciudad remota destilábanse las primeras lágrimas del crepúsculo, (humeando el poniente rojizo como por un incendio que se apagara á lo lejos), mientras por las calles surgía el bullicio sórdido de los burgueses que interrumpieron la estéril obra del día, Pantemio había emprendido camino hacia la soledad. Su cerebro parecía vahear por los ojos, por las narices, por los labios, semejante á una caldera en ebullición, é imprimía á su musculatura la fuerza elástica y la ligereza de las cosas incorpóreas.

Caminó, caminó durante muchas horas, atravesando valles y florestas, saltando obstáculos y malezas.

«Sofocaré en mí toda idea».

Pero allá, de rodillas sobre el bloque granujiento y oblongo, volvió á sentir todo el peso de su propia vida.

Ya vacío el pequeño odre de los placeres y del dolor, de las esperanzas y del desengaño, había ido arrastrando los últimos meses de su vigésimo año, como un inútil fardel.

«En qué precipicio despedazaré esta osamenta macerada? Sobre qué peñascos punzantes despedazaré mi vértebra animal? Qué buitres, que cuervos podrán cebarse en mi lodo sanguinolento?»

Este era el canto de Pantemio, cuando despuntaba el sol y cuando caía, ésta la voz que el latido concitado de su corazón repetía inexorablemente. Entre orgías exquisitas é idilios más inverecundos que Saturnales, en medio de la efusión sonora y patética del oro, la sonrisa pirífica de los parásitos de grueso vientre, y de los aduladores de labios belfos, transportado vertiginosamente de una metrópoli á otra en los férreos y lujosos compartimentos de los trenes expresos, había gozado y sufrido todas las sensaciones de la vida artificial. Pero, jamás sus ojos se detuvieron para contemplar un horizonte abierto y puro, una llanura extensa, una colina verde; jamás hirió sus oídos el gorjeo de la alondra salvaje, (cuando suelta el vuelo de entre el heno cortado) ó el crujido al viento de las ramas frondosas; jamás su pecho habíase nutrido con un soplo de aire no contaminado por el aliento de tantos bípedos desnaturalizados por la civilización, y conglomerados entre murallas urbanas como viles rebaños en jáulas asfixiantes. Por eso su rostro estaba diuturnamente pálido, y sobre sus ojos amortiguados, los párpados pesaban como sudarios violados. «¿Por qué seguir avanzando por el opaco sendero en un viaje sin meta? Qué cosa en el mundo podría ya ofrecerme el placer de la vida?»

De este pensamiento la voluntad fatal había surgido en su espíritu, como en los días felices de la adolescencia el deseo luminoso de los primeros espasmos brutales.

Pero ya el torrente, boca inmensa de la eterna vorágine, está abierto para egnullir á Pantemio, y revolcarle en la voluptuosidad apocalíptica de la muerte.

El Deseo, (lascivo motor de la voluntad), inspirará al martir devoto tanta fuerza cuanta necesite para que de un salto se sumerja en el centro de las aguas, donde más profunda está la tierra, y más impetuosa y cana la espuma de la corriente.

De pié, sobre el bloque oblongo de su plegaria, siente la pro-

ximidad del sagrado instante de su liberación, en la hora misma en que, al despuntar el alba sobre el extremo horizonte, todas las cosas de pronto se iluminan y vibran en la cristalina sonrisa matinal.

De pronto le pareció oir una voz flébil y aguda que se acercaba sin hacerse menos flébil ni más aguda.

Alzando la vista ya náufraga, miró en torno suyo.

Una niña con un haz de hierba en los brazos, bajaba por el verde sendero clivoso de la colina que flanquea la orilla izquierda del torrente. Su vez semejaba el hilo divino con que está tejida la trama de los deseos que más fatalmente suelen envolver. Su rostro, su semblanza, su edad, eran los signos veraces del símbolo y de la esencia de amor.

Pantemio la seguía con la mirada avidamente, agitado y perplejo, como delante de una revelación resplandeciente.

¿Era superior aquella mujer á cuantas él conociera en los elegantes salones, durante las dulces vigilias dedicadas al placer? Qué extraño y novísimo encanto emana de esas formas casi salvajes, que al contemplarlas siente poco á poco arder nuevamente dentro de sus venas la sangre de los deseos vitales? Más, por cierto, ella no sabe avivar los sentidos en libidinosos abrazos infecundos, ni está iniciada en el artificio de combinar, mediante afeites y bálsamos aromáticos el perfume natural de los moluscos marinos y el del mirto palustre. Pero, ¿qué importa? Y con una armonía que pareció germinar de lo más profundo de su espíritu, estas palabras brotaron de los labios de Pantemio: «¡La mujer verdadera, la mujer verdadera!»

Ahora, al pié del torrente, surge el castillo de Pantemio, al que los aldeanos de los alrededores pusieron el nombre de «Ermita», y que la posteridad venerará como la morada solitaria de un gran poeta que restableció en las letras el culto de la «Natura».

LEOPOLDO LONGHI.

SONETOS

(Del libro «Jardín Salvaje».)

LAS DOS PRIMAVERAS.

Rubia y gallarda viene, mostrando en su carruaje
la luz de mil colores y el sol de sus jazmines,
como una blanca Vénus de rústicos jardines
á quién las flores todas le rinden vasallaje.

La mansa maravilla del campo está en su traje,
y en su cantar de aurora la voz de los violines....
Tiene los hombros griegos. España vá en sus crines,
Italia en sus pupilas, y el mundo en su homenaje.

Tú eres así. Por eso mi potro de conquista
llega á la escalinata del pastoral palacio
con la tristeza errante de mi dolor de artista....

Y tras la primavera que á tu placer me arroja,
con la altivez de siempre, te ofrezco su topacio
como una mordedura de mi serpiente roja.

CARNE FLORIDA.

Puñal de oro, brillante y florentino,
quisiera para hundirtelo en el seno,
y ardiente de pasión, loco sin freno,
tu sangre fuese mi licor más fino.

Quisiera que tu cuerpo diamantino
se convirtiese en flor — nardo sereno —
para aspirar su esencia ó su veneno
como postrer caricia del destino.

Pintor quisiera ser, de tus perfiles,
para verte, desnuda, en los marfiles
de algún blanco taller, carne florida;

y allá en el mármol de tu busto amante,
dejar mi nombre de laurel, triunfante
como un beso del Sol para la vida!

LOS OJOS DE LA ESPERANZA.

¡Madre esperanza!... Gallardo bajel de amor y ventura,
lento cisne en los confines de un lago azul de quimera ,
que va esponjando en las aguas sus rosas de primavera
desde el jardín de una gloria que en el oriente perdura.

Lleva luciendo al contorno de su gentil vestidura
la sugestión de una zambra soñadora y volandera,
donde encendiese el donaire, bajo el parral, placentera,
la maja de Andalucía con su morisca dulzura.

¡Es la esperanza un navío! Deja que surque la onda
bajo el soplo perfumado de las marinas campañas,
como un pescador de perlas, cantando, rumbo á Golconda.

Y abrirán en mis ensueños del amor los triunfos vivos,
para iluminar la seda joyante de tus pestañas
donde palpitan tus ojos como luceros cautivos!

EN LA SALA DE JUEGO

Rodeada está la mesa de atentos jugadores,
sobre el tapete oscuro la luz discreta baja;
cien ojos ponen toda su vida en la baraja
y ella es la loca suerte que brinda sus amores.

Hay un silencio extraño. Los graves talladores
revuelven de su mazo la pintoresca faja;
las manos dan posturas, el cerebro trabaja,
y suenan las monedas y fichas de colores.

Ya así, la muda reina, Fortuna la inconstante,
girando se halla en torno de cada concurrente
como en torno á las luces la mariposa errante.

Y entre monedas, fichas, baraja y suerte loca,
el hombre allí clavado, cual bestia impenitente,
no sabe alzar al triunfo la voluntad de roca!

JOSÉ DE MATURANA.

DESCARTES Y EL CRITERIO DE LA VERDAD

El sistema heliocéntrico acababa de demostrarse. Los satélites de Júpiter daban la prueba de que los cielos eran vacíos y que había puntos céntricos distintos de la tierra. Las manchas del sol eran un signo de su rotación.

El sistema Toloméico se sostuvo, no por falta en la antigüedad de un Copérnico que formulara la hipótesis contraria, sino porque la experiencia lo acreditaba. El único cuerpo al alcance de nuestra observación era la luna que no gira sobre sí misma y le muestra á la tierra siempre la misma cara, ni más ni menos como si estuviera enganchada en una esfera. Ningún cuerpo en el cielo daba ejemplo de rotación. Fué, pues, el telescopio que extendiendo nuestra vista, permitió observar hechos que abonaban en favor de la nueva hipótesis.

El derrumbe de tal idea que parecía tan evidente, tan cierta, y la caída de Aristóteles en todo lo físico, aún en el concepto de los que permanecían fieles á las ideas antiguas, no rindiéndose á razones como Descartes, tuvieron suma influencia, haciendo el mismo efecto que las ideas de Darwin en nuestros dias, que adquieren cada vez más, mayores probabilidades, amenazando acabar con todo lo antiguo.

Descartes acudió entonces para salvarlo todo, para poner en salvo Dios y la religión, que él conceptuaba bases de la sociedad.

Como era matemático pensó que á las viejas ideas se las podría salvar de todo asalto, enlazándolas entre sí á la manera de

los teoremas de geometría, como si la certidumbre naciera de determinadas disposiciones y no de intrínseca bondad. Los teoremas geométricos no deben su incontrovertibilidad á su ordenación en sistema: al contrario, fué posible á la escuela de Platón ordenarlos así, porque eran incontrovertibles.

El resultado no fué el que Descartes se proponía conseguir. Su edificio se desmoronó luego; todo cayó al suelo, haciéndose pedazos ideas que hasta aquel entonces se habían conservado intactas. Nunca se vió inexperiencia semejante, efecto tan contrario á la intención. El edificio tambaleaba y él le excavó la tierra en torno para cambiarle los cimientos.

La geometría empieza por unos axiomas, por proposiciones de evidencia inmediata; pero no nace de ellos: el axioma es el clavo del que cuelga la cadena de los teoremas. Estos han sido antes descubiertos y demostrados independientemente los unos de los otros por intuiciones aisladas, como las proposiciones de cualquier otra ciencia, y su historia lo atestigua. La demostración del teorema de Pitágoras no supone la de ningún teorema anterior. La geometría empezó por donde termina, encontrando primeramente el modo de medir las figuras planas y sólidas. Lo que es lo último en la exposición, fué lo primero en la construcción.

La necesidad de establecer los lindes de su propiedades, borrados por la inundación del Nilo, condujo á los Egipcios á descubrir unas cuantas reglas prácticas. La primera de esas reglas, dada por las más elemental observación, fué sin duda la que concierne, en primer lugar á la medida de los cuadriláteros en general. De ahí se pasó á buscar la del triángulo, considerándose que cada triángulo es la mitad del cuadrilátero. Todas las superficies curvas se medían descomponiéndolas en triángulos.

De este modo paulatinamente se fueron descubriendo los varios teoremas, pensándose después en ordenarlos.

Descartes no se dió cuenta de un hecho tan elemental: se imaginó que la geometría nació como está expuesta, de la meditación sobre el axioma que el todo es mayor que sus partes. De la meditación sobre tal axioma el ingenio más penetrante no sacaría en una eternidad otra consecuencia que la parte es menor que el todo.

No niego que acaso con el tiempo se pueda geometrizar la filo-

sofía; pero esto será cuando todas sus proposiciones hayan sido demostradas. Antes, pues, se habrán de demostrar una á una.

Para Descartes, y véase la seriedad de su duda, todas eran ciertas: para hacer callar las contradicciones bastaba, pues, derivarlas todas de un axioma. *Derivarlas*, en esta palabra consiste su error, pues del axioma ni se sale ni se puede salir: al axioma se llega.

Púsose pues en busca de dicho axioma, de una proposición que nadie pudiese rechazar y dió con el célebre: *Cogito ergo sum.*

Las críticas que á esta proposición pueden dirigirse son muchas; pero no me parecen ni sinceras ni válidas. Bien se comprende el pensamiento de Descartes: podrá quizás encontrarse inexacta la expresión, pero ello porque ninguna expresión es exacta. En nuestro pensamiento tenemos la conciencia infalible de nuestra existencia. Sólo que de allí no es posible salir, ni salió Descartes á pesar de su penetración. Así razona: todas las veces que tendremos una idea igualmente clara, le deberemos dar fé, y rechazarla si no llega á ese grado de evidencia. Parece un paso y no lo es: es salirse del camino. La conciencia de nuestra existencia no deriva de premisas; es un hecho primitivo, independiente de lo que se piensa. Aún pensando mal estaríamos ciertos de pensar y de existir. Nada tiene que ver la certidumbre de existir con la verdad del pensamiento. El pensar me hace sentir mi existencia. La certidumbre no nace de la proposición: *no se puede pensar sin existir.* Tal proposición á él tan sólo ocurriósele formularla. Es un sentimento y no un *ergo*, una *consecuencia.* Para llegar de la conciencia de existir á la evidencia de la idea, hay que dejar aquella y pasar á ésta, cambiar de posición, plantear un nuevo principio. Descartes había de decir: No se puede pensar sin existir; yo pienso, luego existo. Pero la premisa pide demostración. *Pensar es obrar* y *no obra sino el ser*, y subiendo por esta vía habría llegado al principio de contradicción; pero allí ya estaban todos.

En una palabra: sentimos nuestra existencia en el pensamiento, mas, no se trata de persuadirnos de ella, pues ni siquiera es dable dudar; trátase de demostrar la verdad de lo que se piensa, y esta no puede deducirse del hecho de que pensamos. Al mover las piernas me cercioro de que camino, mas no es de esto que se

discurre, sino de saber si camino bien, si me dirijo hacia donde he de llegar, y esto las piernas no me lo dicen. Descartes introdujo el fenómeno de la conciencia donde no cabía; complicó inutilmente las cosas.

Para adelantar hubo de plantear otro principio: la idea *clara;* hubo de salir de la conciencia que es un hecho, un sentimiento, y pasar á las *ideas*. Y por ahí había que empezar.

Pero también *la idea clara* está mal planteada. No es la cuestión de saber como nazca la certidumbre: ésta nace como nace. Al uno bastarále un indicio, al otro no le bastará una demostración geométrica. Evidencia y certidumbre son sin duda palabras sinónimas: uno cree lo que le parece evidente y si no le parece tal no cree y no puede siquiera creer. ¿Cómo ha de poder uno creer lo que no le parece creíble?

La cuestión reside en saber si cuando estamos ciertos de algo, este algo es cierto. Ciertos estaban todos de la estabilidad de la tierra, y todos se equivocaban.

No debemos creer sino á la evidencia, tal es la ley de Descartes. Pero ¡Si no hay persona que obre de otro modo!... Precisamente la evidencia es la que nos engaña, presentándonos como tal lo que no lo es. Es de la evidencia que se discute, y justamente la ciencia se funda en desconfiar de lo que nos parece más evidente. Se requiere, pues, un criterio para conocer cuando es la ocasión de podernos confiar enteramente á la evidencia. Cuanto más alta es una mente, tanto más se inclina á creer en lo no evidente.

El principio de Descartes imposibilita salir del error, no habiendo error que no parezca evidente á quién se halle en él. Una cosa es la certidumbre y otra la verdad. Para la certidumbre no se necesitan criterios: lo que se busca es el criterio de la verdad, y ese lo proclamaba en Italia Galileo y antes de él lo había formulado Leonardo de Vinci, y no hay otro. Pero ese criterio era cabalmente el que rechazaba Descartes.

La razón nos guía bien, pero no es sino un instrumento. Por otra parte el campo de nuestra experiencia es muy limitado. Si se hace universal lo que no lo es, la razón llegará á consecuencias erróneas. Antes de que se descubriera la Australia, no se admitía la existencia de cisnes negros. De modo que, uno puede

ser arrastrado por el razonamiento á admitir conclusiones que la experiencia desmiente. No pocos ejemplos de ello nos puede ofrecer la física de Aristóteles.

Generalizaciones de experiencias no verificadas, y, por lo tanto, más bien de apariencias, indujeron en error á la mente de Aristóteles, ¡y trátase del estagirita!... De tales generalizaciones consta en la mayoría de los casos el conocimiento vulgar, y de ahí la dificultad de dar á entender algo al vulgo.

Por todo lo cual la mente humana madurando, desconfió, no ya de la razón sino de lo que le parecía evidente, y Leonardo formuló el gran principio que nadá se puede afirmar con certidumbre, sino lo demostrado por la experiencia. Aristóteles de no sé cuales consideraciones colegía que la tierra ha de tener la forma de una pera. Ahora Nantzen ha vuelto á salir con la misma opinión. Según él en el polo austral la tierra ha de tener una prominencia. Son conjeturas más ó menos probables, pero, mientras tanto, hasta que no se llegue al polo, nada seguro se puede afirmar. No es, pues, la evidencia, sino la experiencia, el solo criterio de verdad.

Volviendo á Descartes, él establece que el hombre no ha de rendirse sino á la evidencia, pero no ha de rechazar lo evidente. Y son estos dos principios vanos, pues la evidencia á nadie repugna, sin que ello importe decir que lo evidente sea cierto.

Planteado ese principio Descartes da otro paso, admitiendo como evidente la idea de Dios y su existencia. Y sin embargo ya Santo Tomás, autor insospechable, había negado tal evidencia, por cuanto si la hubiera no sería concebible el ateismo. Aquí aparece su célebre argumento ontológico, argumento ya refutado por Santo Tomás en Anselmo de Aosta, con solo recordar el principio: *aposce ad esse non valet illatio,* «no se puede de la posibilidad argumentar el ser.»

La cuestión de la existencia de Dios se halla todavía en los términos en que fué planteada por Aristóteles y los Escolásticos. La refutación de las pruebas teológicas intentadas por Kant, no resiste á un exámen serio y desapasionado. Antes Kant ha de demostrar la verdad de su sistema: tan sólo en él no es posible demostrar racionalmente la existencia de Dios. La razón por el principio de causalidad pide una causa primera; la idea de movimien-

to exige un motor. Pero, con todo, la existencia de Dios, supuesta por la razón, en el estado actual de los conocimientos no se puede dar como un hecho. Sería menester que Dios se nos mostrase.—Lo que la razón demuestra es que si hay movimiento, si hay materia, han de tener una causa de su existencia; mas, si esta causa la tienen en sí ó fuera de sí, en otro ser, no lo sabemos, porque para ello se necesitaría el conocimiento de la esencia de la materia y del movimiento. Según la noción común la materia no podría ser eterna, y la demostración remonta hasta Platón.

También el tercer principio cartesiano de la evidencia inmediata de la vida de Dios, es falso, pero dándolo por demostrado, por axiomático, encontró una base, pues con Dios todo se explica. El mal es que su demostración artificial ha perjudicado no poco á tal idea, haciendo creer que ésta no tenga otras pruebas que el mencionado sofisma.

El criterio de la verdad no se halla, pues, en el razonamiento, el cual no conduce á conclusiones verdaderas, sino cuando sale de primisas ciertas. La verdad de estas no tiene otra demostración que la experiencia. Una premisa demostrada por la experiencia es base firme del razonamiento. Si la razón ha conducido á conclusiones falsas con mucha frecuencia, ha sido, cuando se ha examinado bien la cuestión después de reconocido el error, porque tomábase como demostrada una premisa que no lo era.

Tal es el criterio de la verdad. La razón nos lo indica anticipándose á la experiencia, pero sus indicaciones han de ser confirmadas por ésta.

A veces son tales y tantos los indicios que dudar es temeridad. Antes de que Foucault diera la prueba experimental de la rotación de la tierra, esta ya admitíase como demostrada. Sin embargo sólo esa prueba nos dió la certidumbre absoluta.

Resumiendo. El criterio de la verdad es el que fué indicado y formulado por Leonardo. «Sólo la experiencia es madre de la ciencia, del saber verdadero. Lo que no cae bajo la experiencia nunca podrá afirmarse con seguridad.»

HANS FRIEDRICH.

ESCEPTICISMO

Era bastante rara la preferencia que el joven Derval manifestaba por la filosofía. Este estudio le llevaba largas horas de molesta meditación y análisis y confrontaciones prolijos. Jamás había concluido una lectura sin comprenderla totalmente y conseguir que le despertase un cúmulo de ideas que sucintamente consignaba en las márgenes de los libros. Martirizando su inteligencia, proporcionábase una voluptuosidad sutil, tanto más intensa, cuanto mayor fuese la fatiga.

Poco duró esta delectación en el dolor. En un invierno en que su dedicación y entusiasmo por el estudio alcanzaban máxima tensión, cayeron á sus manos los libros del inglés Berkeley. Demás decir, que la influencia del pensador sobre aquel espíritu fué enormemente funesta. Su temperamento siempre propicio á la negación cobró nuevos brios tras ese estudio, llevando la simpatía por el atormentado sajón al frenesí más loco. En el fondo de este frenesí, empero, no faltaban reservas. Para Derval, Berkeley fué un gran espíritu lógico mientras no se acogió á las *ideas* y á *Dios;* tales refugios inconsecuentes le habían perdido y esta circunstancia, disgustaba á él profundamente. Tímidas escapatorias destruían la mejor de las obras.

Y así el joven estudioso quería pensar tan sólo, en un negador sin contradiciones ni miedo y, por cuenta propia, llevaba los análisis del autor á extremos inconcebibles. Dios, decíase, no puede *ser*, puesto que no *es* el mundo, y las ideas, desde que no

son sino representaciones de lo irreal, *más que de lo irreal*, de lo problemático, de lo ignorado, de lo desconocido, *tampoco son*. Y como las cosas, también los hombres eran nada, ó podían ser, ó no ser. La lógica le imponía no creer en ellos.

No detuvo aquí el análisis; llegó á negarse á sí mismo. Ignoraba la realidad de su cuerpo; pero por un rarísimo razonamiento salvó—en su concepto—una contradicción: sin creer en los órganos no dudaba de lo que los psicólogos llaman la cenestesia. Afirmaba un yo orgánico muy difuso, su cenestesia propia, que el la sentía y sintiéndola se la explicaba, pero que para precisar la en palabras tenía que recurrir á una terminología que la desfiguraba y que era, al mismo tiempo, asáz diferente de la que la moderna Psicología emplea al señalar el fenómeno.

Día á día, nuevas dudas se imponían á su espíritu. Y de manera análoga — no idéntica— á los melancólicos, iba disolviéndose su personalidad. Su mismo yo orgánico le parecía problemático, ó por lo menos discutible; en fín, llevaba ya camino de verse apariencia entre apariencias, cuando un incidente de familia que por lo doloroso y fuerte, pudo exasperar su locura, tuvo más bien por consecuencia desviarle la atención de aquellos lastimeros análisis. Su madre, de quien tanto le apartaran las más frías abstracciones, acababa de morir despues de una enfermedad seguramente agravada por justos celos, pues que desde colegial, su hijo más que á ella, perteneció á los libros.

Derval se anotició del suceso con indiferencia pasmosa. ¿Qué sabía él de su madre, qué de la vida, qué de la muerte? Ni sus apariencias conocía.

De no introducirlo su hermano en la estancia mortuoria, habría permanecido impasible en la biblioteca, su residencia habitual.

La presencia del cadáver no desalojó de su conciencia el razonamiento con que dejara su habitación. «¿La realidad como a veo, diferente, apariencia, nada, qué?»—Y sólo á indicación del hermano inclinóse inconsciente sobre la frente de la difunta, menos helada en su insensibilidad de muerte que la indiferencia de esos labios, todavía adolescentes. Antes de separarlos, sintió rozar su mejilla por una mano albísima y fina que fué á posarse en

la cabellera de la muerta para acariciarla mucho tiempo. Y con ese contacto, un subitáneo hervor de sangre y un crugir en mil pedazos de toda su máquina lógica.

Hacía tiempo que el joven filósofo había conseguido acallar con la consagración al estudio y con toda clase de recursos succedáneos, los irresistibles impulsos de su virilidad. Pero nació en el trópico y la lucha fué desigual y costosa, la victoria, provisional.

Hoy que la filosofía acababa de aislarle del mundo, libertándole de toda cadena material, ardía su sangre salvajemente al remotísimo contacto de inasible chispa... Brotóle del corazón un Sí, fogoso y vibrante, que fué ahogando, uno á uno, en sus sonoridades prestigiosas, todos los Nó que se le aferraban en el cerebro.

¡Sí, la vida es; yo amo la vida!,—repitió Derval con voz á un tiempo segura y trémula.

Y bien próximo al lecho de muerte, ofreció á la existencia la ofrenda ardiente de una mirada subyugadora, hipnotizante...

Desde aquel día, Laura fué suya. Sus besos le arrancaban los sí más enérgicos. Hasta que tornó á los libros... Entonces, pudo constatar en carne propia la ley de contradicción de Hegel... Perdíase en las antiguas sombras, en esta vez, para siempre.

Él, que reprobó al desesperado místico por sólo dos refugios *ideales*, luchaba en vano por encontrarlos en un par de labios. ¡También moría el pobre nido de besos!...

Fué en una tarde de fuego. Derval y Laura fundían sus bocas con pasión tan devota y sabia, que aquellos labios solo parecían copas carnales de trémula finura en que los amantes escanciaran sus almas... De pronto, el primero, retrocedió como espantado; hundiéronse las órbitas de sus ojos y, en la lividez de esas cuencas, giraron las pupilas en macabra expresión de ruina. Su voz opaca dijo: ¿Y tú... yó... qué?...

Pasó una nube oscureciendo el sol.

LUIS IPIÑA (hijo).

BELLAS ARTES

3.ª EXPOSICIÓN DE AFICIONADOS

Salón Costa—Se inauguró y clausuró con merecido éxito el tercer certámen artístico organizado por la floreciente *Sociedad de Aficionados*.

Sesenta y seis fueron los expositores y más de ciento cuarenta las obras.

La audaz tentativa de la primera iniciación medró en el año siguiente y se ha afianzado en esta tercera exposición, muy digna de tenerse en cuenta y que señala un notable progreso.

En la pintura presentó notas íntimas el doctor Cupertino del Campo, de quién para las cosas de sol y aire muchos de nuestros profesionales harían bien en solicitar lecciones.

Las de Cárlos de la Torre muy personales y sentidas, hechas con amor y pintadas con virtuosidad, fueron todas adquiridas.

Un desnudo al pastel de Francisco de Elizalde era una buena y vigorosa nota.

Los señores Pardo de Tavera y Guillermo Rojo se distinguieron en la escultura; al buril del primero se debe *El secreto de la roca*, espléndido mármol que se extravió en viaje á la Exposición de St. Louis y que reapareció aquí para atestiguar con toda la fuerza de su gracia, que su autor es uno de nuestros artistas escultores de primera fila.

Enrique Prins entre otras fantasías de aficionado presentó una tela *Las noches del Retamo*, con suficientes condiciones para satisfacer al más exigente pintor de historia.

Su retrato de Facundo es el mejor que conocemos y en cuanto á la realización de las cuatro figuras en el cuadro, podemos afirmar que ninguno de nuestros profesionales de hoy ha hecho en su género nada más feliz.

No hacemos más crónica por haber perdido esta exposición su actualidad y cerramos esta nota con un aplauso de estímulo para todos los que contribuyeron á su éxito.

EL GRUPO «NEXUS»

Fué también en Septiembre, en los primeros días primaverales del año 1901, que en el antiguo salón *Freitas* y *Castillo*, un grupo de pintores argentinos, Schiaffino, Sivori, Della Valle, Ballerini, Rodríguez Etchart y Caraffa, respondiendo á un mismo ideal, dispuestos á la defensa y á la lucha, abrieron su primera exposición. Tuvo ésta un gran éxito y se repitió en Julio del año siguiente, enriquecida la falange inicial con los nombres de Malharro, De la Cárcova, García, Maggiolo, Marcelino Barneche, Correa Morales y Mateo Alonso.

Despues dejaron de vivir Ballerini, Rodríguez Etchart y Della Valle; los demás, asolados por la rudeza del doloroso golpe que suprimía á los más valientes y tesoneros de la fila, ahogados en el enrarecimiento del ambiente, menos propicio que ahora á la floración autóctona, se dispersaron, perdidas la fé y los bríos del primer momento.

Ahora, despues de seis años de la primera tentativa, un grupo de la jóven generación, bajo el lema de *Nexus*, se vincula en estrecho compañerismo, en esfuerzo y fé común y en una franca exposición en el *Salón Costa* nos dá clara muestra de sus gallardas condiciones.

La aparición de esta *guardia jóven* del arte nuestro implica una diferenciación con la *guardia vieja*, discrepancia en la particular tendencia, técnica distinta, ideal diverso. Esta diferencia nos dará en lo sucesivo interesantes puntos de comparación.

Fernando Fader, personal siempre, amplio y rudo, presenta siete telas ricas de color y más ricas de promesa, que le individualizan entre sus compañeros. Tiene un defecto,—gala de su juventud,—la impremeditación y la fogosidad, y una alta virtud, la conciencia absoluta de su propio valer. Con más concienzudo

reposo, con más respeto por las leyes fundamentales de la técnica, sus obras venideras serán definitivas.

El óleo *Contando ropa* que probablemente el autor pospone á los demás, es para mí, entre las suyas, su nota más valiosa.

Pío Collivadino es el que expone en mayor número, óleos, dibujos y aguas fuertes, realizados aquí y en Europa.

Han sido admirados sus estudios de luz y sus paisajes al claro de luna, siendo la tela *El farol* una magnífica nota.

Caracteriza la pintura de Ripamonte, una luz tamizada más en el cerebro que en el cristal del aire y una tendencia al simbolismo que no llega á convencer. Bien dibujadas, acusan un temperamento y son segura promesa de una obra fuerte.

Rossi presenta una cabeza de excelente factura y un cuadro de composición que al interés del asunto, reune apreciables condiciones de observación y colorido. *En la pendiente* es otra de sus buenas telas.

Linch y Mendez Texo presentan una clara sucesión de marinas, siendo los estudios de oleaje del segundo, dignos de todo encomio.

En escultura, Arturo Dresco, dá vida á un sujestivo retrato de mujer, cuyo yeso, tratado con elegancia y pericia, ha sido de todos celebrado.

Irurtia y Quirós forman también del grupo *Nexus*, si bien, por razones diversas, no han podido coadyuvar al brillante éxito de la primera exposición.

En la próxima, no faltarán obras suyas y las de los compañeros, estimuladas por el aplauso conquistado, formarán otro conjunto, que ha de sobrepasar á esta primera y brillante manifestación, que ha marcado un momento, que es también un rumbo nuevo en los anales del arte.

MANIFESTACIONES EXTRANJERAS

Salón Witcomb—El notable auto-retrato del artista español D. José Llaneces nos habla más claro de su personalidad y de su alma, que el ensayo biográfico de Augusto Martínez Olmedilla y el decir madrileño de D. Mariano de Cavia, ambos incluidos en el elegante catálogo ilustrado, de las treinta y ocho obras expuestas.

La cabeza bien española y bien asentada sobre los fuertes hombres es la de un hombre seguro de sí mismo; mira con atención mientras su mano pinta reposadamente; en su paleta, grande como un escudo, se mezclan con holgura todos los colores.

Una rica perla prendida al moño de su corbata blanca nos dice de sus gustos refinados; su buena cadena de oro que le cruza el pecho háblanos de su opulencia y de su atención al tiempo que pasa; la cintilla del ojal, que es hombre de su siglo y que sabe apreciar en lo que valen los honores oficiales; todo él representa la imágen de un hombre contento de vivir y de pintar. Su pintura se nutre de ese equilibrio, es sana, elegante, clara y franca.

Opulenta en los paisajes, severa y reposada en las viejas figuras, satisfecha y florida en las caras de las lindas muchachas, clara y exhuberante siempre.

Entre los paisajes, cuadros de composición y figuras, prefiero y recomiendo estas últimas.

Magistral el retrato de un dibujante español. El caballero siglo XVII donado al Museo es digno de tal destino. Una joya la cabecita de paje, siglo XVII. El encanto seductor que respira el desnudo *la Coqueta* nos hace pasar por alto ciertos defectos de proporción y dibujo. Otro desnudo titulado *Armonía en azul* es la nota menos feliz de la feliz exposición.

La viudita es otra de las joyas y digna de todo encomio la *cabeza tabarda* reproducida en otros dos lienzos.

No me detendré en recomendar otras obras que se bastan á sí mismas para hacerse el propio elogio. Doy fin á estas lijeras líneas sintiendo que lo reducido del espacio me impida dedicar un estudio extenso y razonado á las obras de tan digno artista.

Salón Castillo—El pintor francés M. Emile Troncy, ha expuesto en este salón diez y siete cuadros que son diez y siete muestras de los diversos procedimientos que usa, de la variada técnica que emplea, de las distintas modalidades en que expande su temperamento y de los diversos asuntos que trata.

Óleo, pastel, «ganache» y punta seca; figura, retratos, duraznos, gatos y pescados; apaches frentes al juez y señoritas siglo XVIII que tañen la mandolina en el claro país de un abanico, tales son los medios y tales los sujetos del señor Troncy.

El gran óleo *Salon Carré du Louvre* es un lienzo de recomen-

dables condiciones; mucho vigor en el sol que dá su intensa nota de actualidad á ese arcaico y adusto rincón de museo; una justa gradación en las sombras y penumbras, una tonalidad exacta y un severo y correcto dibujo que acusa amplios conocimientos en la difícil perspectiva, son cualidades que se notan desde el primer momento, y prueban, que si su autor hubiera dado una orientación más definida y directa á sus excelentes disposiciones, ocuparía á justo título, un lugar más prominente entre la valiosa nómina de sus contemporáneos artistas.

El señor Troncy ha obtenido medallas de oro en el Salón *des artistes français*, los años 1895 y 1900 y de plata en la Exposición Universal del mismo año. El gobierno de su país le ha comprado varios cuadros que figuran en distintos museos y aquí también, varias de sus obras han sido inmediatamente adquiridas.

L' Aiglon—Del 1.° al 15 de Septiembre, el señor Juan Pinós, pintor español, expuso aquí veinte y ocho óleos, en su mayoría de reciente ejecución y tratando asuntos nuestros.

Pincel sin pretensiones el suyo, vulgar y correcto, sus telas, salvo dos ó tres excepciones, valían, más por lo que sujerían que por lo que realmente mostraban. Así, la titulada *Sin madre*, era intensa y simple.

Héla aquí:

En medio de la Pampa sin límites, junto á la yegua muerta, el potrillito recién nacido, envuelto en las rachas de una madrugada invernal, tirita de frío y de asombro... A lo lejos la manada, agrupada alrededor del padrillo, relincha sus lloros de pariente.

Cuando esté más alto el sol, al tranquito de su zaino, llegará el puestero, cuereará á la madre y se llevará al guachito. Después, con cautelosa parsimonia de ejecutores testamentarios, irán cayendo los caranchos, un álito de vida plena soplará en la Pampa inmensa, y la tropilla, indiferente y dispersa, olvidada de la muerta, vagará, rebuscando los pastillos más tiernos.

Todas las composiciones del señor Pinós respiran una poesía natural, sencilla y fácil, asequible á todos los ojos, al alcance de todas las inteligencias. Esto constituye un mérito, un alto mérito. Le aplaudimos como á poeta que pinta; si persiste en un estudio contínuo y logra personalizar y dar brios á su técnica, hoy

subalterna, podrá figurar en la pléyade honrosa de los verdaderos artistas.

EL DESNUDO EN EL ARTE

Motivado por el grupo *Los primeros fríos*, emplazado en el jardín público de la calle Lorea y por la estatua *Primavera*, que se alza á la entrada de la Avenida Alvera, se ha vuelto á poner sobre el tapete este claro y bello tópico.

A la deshonesta diatriba de los enemigos de la belleza y de la forma, cuya pudibundez recuerda á la tan ridícula de los diputados alemanes, que en la apertura del nuevo palacio del Reichstag, en 1895, osaron proscribir de la sala de sus asambleas, la imágen de la *Verdad* porqué estaba desnuda, el señor Intendente que es persona de reconocido criterio y buen gusto, debe responder levantando nuevos y bellos desnudos.

En 1903 se suscitó la misma cuestión y con el título de *La moral ultrajada* escribí las siguientes líneas que copio ahora con toda satisfacción :

« Ciertos sueltistas de periódicos, secundados por un grupo de matronas, madres de familia, han puesto el grito, — un airado grito, — en la hoja de parra.

La llaman, la invocan, la conjuran á cubrír desnudeces de mármol. Entretanto, besadas de sol ó de luna, gozando con la caricia del agua, las ninfas y la Venus de la fuente, — que un melodioso y tonto recato quiere poner en entredicho,— sonrien al paseante, con la sonrisa de sus labios blancos.

¿A que viene este grotesco grito de pudor desbordante? ¿Se atenta por acaso contra la castidad de las personas?... Que no se incurra en la enormidad de querer poner trabas desdorosas á las perfectas obras del Creador.

Tengo ante mi mesa, una reproducción de *Las tres Gracias* de Regnault; los tres sagrados cuerpos cantan á trío el himno natural y limpio de sus morbideces perfectas al rededor de una sola, intensa nota : la Belleza. Para cubrir lo verdaderamente deshonesto y feo, tengamos sí un velo, pero en nuestras propias conciencias.

En cuanto á los que se han afectado con la pura y franca actitud de las figuras de Lola Mora, les recordamos para su edifi-

cación personal que la linda Santa Eugenia se despojó de sus vestiduras, desafiando con un reto de pureza á los verdugos, y que la virgen Santa Inés, caminaba al tormento, vistiendo tan solo la túnica rubia de sus cabellos y la leyenda dice que no había ni rubor ni vergüenza en sus mejillas; el fino cuerpo pálido irradiaba pureza y belleza solamente.»

NOTAS

Las dos obras escultóricas de Meunier, el *Sembrador* y el *Segador*, han sido ya colocadas en el confín de la Avenida Alvear. En breve se fijará el sitio para las demás obras de ornato adquiridas en Europa por cuenta de la comuna.

—*El triunfo del trabajo*, grupo alegórico de Rogelio Irurtia, ha sido adquirido por la Municipalidad.

—Al escultor Víctor de Pol le ha sido encomendado el monumento á Sarmiento, destinado para la ciudad del Rosario.

—El 27 de Octubre se inaugura el monumento á Echeverría, obra del escultor Torcuato Tasso.

Hablaré de él en el próximo número.

CONFIRMACIÓN

Las *Palabras Preliminares* de la crónica anterior, han parecido á ciertas personas, de excesiva crudeza.

Declaro que exprofeso y guiado por las mejores intenciones, extremé la rudeza de la crítica. Absolutamente indiferente y sincero quise dar la nota opuesta á la que en general nos tienen acostumbrados los que sobre cosas de arte escriben entre nosotros. En el afán de ser galantes y no herir susceptibilidades, se extravía el criterio del público, perjudicándole en la mayoría de las veces; tal sucedió, en materia de arte teatral, por ejemplo, á los que escucharon las hosanas cantadas en loor del anciano Mr. Coquelín y de la ilustre Eleonora Duse, ambos, grandes artistas en el último cuarto del siglo pasado, y hoy deformes y pálidas sombras de lo que fueron.

Persistiré por consiguiente en el camino emprendido, pues si á muchas personas les ha parecido alto el tono del artículo anterior, varias han aplaudido su tendencia regeneradora y ecuánime, y esto basta.

EMILIO ORTIZ GROGNET.

LETRAS ARGENTINAS

«Estudios históricos y políticos» POR LUCAS AYARRAGARAY—

Úsase entre nosotros de un procedimiento harto conocido para la formación de los libros. Se escriben artículos en cualquier diario, se envían cartas abiertas, se pronuncian discursos; luego, al cabo de algún tiempo se reune la producción, sin método, sin crítica, sin una previa selección, y héte el libro formado. Este adolecerá como es natural, de todos los defectos inherentes á una producción puramente ocasional; pero ¿que dá? Será siempre un libro más en el bagaje de las *obras* del autor.

Estas observaciones bien pueden ser aplicadas á los *Estudios históricos y políticos* del señor Ayarragaray.

Pues ¿qué menos debe exigírsele á un libro de índole semejante, que nos diga algo nuevo ú original, algo que nos enseñe ó sugiera ideas? Y nada de eso encontramos en los *Estudios históricos y políticos*. Su forma ni buena ni mala. Un estilo diluido y empavesado, que no constituye una novedad en nuestra producción literaria. Fáltale el rasgo intenso, la expresión audaz, conceptuosa, la frase sintética, certetera, que caracterizan al escritor de raza.

En cuanto al fondo bien pobre. Iníciase el libro asaz felizmente con un breve y substancioso artículo sobre la literatura de las invasiones inglesas, mas defrauda luego las esperanzas que ese primer artículo hiciera abrigar. Los títulos de los artículos prometen un mundo, pero su desarrollo no mantiene la promesa

Son temas tratados á vuelo de pájaro, sin mayor ahondamiento, sin vistas nuevas y personales. ¿Para qué, entonces, publicar un libro? Cito algunos títulos al acaso: «El problema educacional argentino», «Causas y antecedentes de la sumisión política argentina», «El caudillismo en la historia y en la política argentina», etc., que si alguna idea contienen son la repetición de lo que ya nos dijera el autor en *La anarquía argentina y el caudillismo*, su obra anterior.

Una firma conocida y respetable como la del señor Ayarragaray no debe ser usada en esta forma para salvar tan pobre mercancía, magüer la edición sea lujosa. El tiempo urge y no nos es posible leer sino aquello que nos diga algo nuevo. Necesitamos intensificar nuestra producción, darle nervio, encararla con seriedad, á fin de que no siga manteniéndose en la esfera de un hueco palabrerío que aturda, empalague, importe una pérdida de tiempo y no deje rastro.

Queden ya los artículos del momento en la hoja volante en que fueron publicados, y pierdan de una vez nuestros publicistas ese lamentable defecto de reunir en libro todo lo que escribieron al azar de sus nervios.

El libro ha menester de médula, y de médula necesitan sobre todo nuestras letras. Por eso este artículo más que á este caso particular envuelve una censura á todo un sistema de producción literaria muy en boga en estas playas, y abonado, que es lo peor, por respetabilísimas firmas.

«Los Vencidos» POR MARCELO DEL MAZO.

Ya he tenido oportunidad de hablar ligeramente en esta misma revista de las dificultades que se oponen á la redacción de un buen libro de cuentos. También he señalado, de paso, el abuso en que hoy se incurre del argumento fantástico y de los personajes arrancados al manicomio, hecho debido, muy probablemente, á la incapacidad de la mayoría de los cuentistas de entrarse en los asuntos vividos, reales, y de abordar los serios análisis de las almas, siempre prontas á revelar sus más ocultos tesoros á quien sepa abrirlas con la rara llave de una honda penetración psicológica.

Por estas razones merece todo encomio *Los Vencidos*, sustancioso libro de cuentos aparecido en el mes, porque en él su autor ha atendido con preferencia á la observación en que la sutileza, buscada con empeño, no perjudica sin embargo la verdad.

Los cuentos del señor Del Mazo, sobrios é intensos por lo común, bien que haya también entre ellos algunos de escaso interés ó de argumento vagamente definido, tienen valor principalmente—y esto no importa una crítica al libro sino antes bien la caracterización de su cualidad fundamental, más que en sí mismos como un todo tejido sobre un determinado tema, en los detalles fugaces en que abundan, en esos rasgos íntimos sorprendidos al vuelo con fina perspicacia. En esto estriba, á mi parecer, el mérito positivo de *Los Vencidos*, libro revelador de un psicólogo que auna la delicadeza á la sagacidad.

La obra también llama la atención por su estilo, eminentemente personal y conciso, quizás á ratos demasiado conciso, y,—lástima grande—flaqueante con frecuencia del punto de vista sintáctico. El señor de Mazo debe concentrar en él un especial cuidado, para llegar á dominarlo con toda la seguridad que sería de desear. Salvado este defecto facilmente corregible, podrá desplegar entonces, con aquella mayor eficacia que la plena posesión de la lengua ha de darle, su exquisita sensibilidad, su simpatía por las almas náufragas, su habilidad en mostrarlas al desnudo, en fin, todas las no comunes cualidades que este primer libro encierra.

ROBERTO F. GIUSTI.

En el próximo número publicará la revista la crítica al libro «Rosas y su tiempo».—*N. de la D.*

TEATRO NACIONAL

Nacional: «Las dos fuerzas» *por don Julio Sánchez Gardel.* — «La Rondalla» *por don Victor Perez Petit.* — «La Tía Brígida» *por don Alberto Novión.*

El señor Julio Sánchez Gardel, autor de varias tentativas dramáticas más ó menos felices, nos ofreció en el mes pasado una nueva producción teatral.

Su nueva obra «Las dos fuerzas», es una comedia en tres actos, de argumento trivial, de construcción debil, de caracteres poco precisos, de diálogos faltos de ingenio y de factura literaria mediocre, pues la forma en los pasajes «cuidados» es justamente aquella que puede mejor dar á los iletrados la ilusión de la «literatura.»

El primer acto, de acción demasiado lenta, pesa con exceso sobre Don Máximo, tipo grotesco, decidor de chistes que no resultan tales, y que á pesar de todas sus *cualidades*, le veremos, por dos veces en la obra, ser el amigo confidencial, el depositario de las amarguras y sinsabores de los protagonistas. Este personaje nos resultó de un gusto absolutamente detestable.

El segundo acto es sin duda alguna el mejor de la comedia pues contiene las dos únicas escenas verdaderamente llenas de calor y vida: la de la explicación entre Acosta y Enrique y la siguiente entre el primero y Luisa.

El tercer acto, con su final inesperado é ingenuo, acaba de remachar la mala impresión que nos dejara el desarrollo de la obra, inferior, en su conjunto, á las esperanzas que hiciera abri-

gar el señor Sánchez Gardel con su boceto anterior «Noche de luna.»

«La Rondalla» del distinguido escritor uruguayo Victor Perez Petit, es un drama en tres actos, de trama sencilla y conmovedora. El interior de un hogar humilde, con todos los diarios incidentes de la vida de familia, está pintado, especialmente en el segundo acto, de una manera verdaderamente sabrósa. Escrita en una prosa firme, nítida y toda llena de sinceridad, «La Rondalla» es una obra robusta y sana, un excelente estudio de costumbres. Los caracteres tienen un relieve bastante marcado, de un análisis un poco sumario, pero bien vivos y dramáticos.

Su defecto capital lo constituye el tercer acto, pesado, mortalmente aburridor y demasiado cargado en tintes melodramáticos. Es un acto inutil y atentatorio al buen éxito de la obra.

En momentos de entrar en máquina este número, acaba de estrenarse una comedia en un acto de Don Alberto Novión titulada «La tia Brígida», de la cual no queremos dejar de decir dos palabras.

«La tía Brígida», es una comedia de costumbres camperas llena de frescura, sencillez é ingenuidad. Los diálogos fáciles, chisporroteantes de ingenio, hicieron pasar al público ratos deliciosos. La acción es tan natural, que á ratos resulta muy lenta. Los caracteres, bien precisos, especialmente el de la tía Brígida, admirablemente interpretado por la señora Orfilia Rico. «Doña Rosario », «La Gaucha» y las otras obras del señor Novión han demostrado que es un maestro en el género. Si bien en el eje central son todas demasiado similares, siempre encierran detalles interesantes y novedosos que las diferencian unas de otras. Sobresalieron además en la interpretación la señorita Angela Tesada y el señor Elías Alippi.

Marconi: «JUAN FACUNDO QUIROGA», *por don Alejandro Gancedo* (hijo).

En este teatro estrenóse el 6 de Setiembre, un drama histórico en un prólogo y tres actos, divididos en 6 cuadros, original del Señor Alejandro Gancedo (hijo).

Este drama, que se presentaba precedido de una gran réclame

y con pretensiones de refutar una obra anterior del Dr. David Peña sobre el mismo tema, obtuvo la noche de su estreno una silenciosa acogida.

Fracasó pues ante el público y también ante la crítica, que la acusó de ser una simple yuxtaposición de cuadros sin acción continuada ni trabazón directa. Creemos, sin embargo, que la observación es injusta, pues esta es precisamente una de las dificultades de este género dramático y que, en nuestro concepto, le hace inabordable en el teatro. Pero, aceptándolo, basta que, en ausencia de una acción continua, de una intriga que una los cuadros entre sí, haya mucho movimiento escénico é invención en el detalle, para que la obra sea teatralmente buena.

Ahora bien, se hallan en el drama del señor Gancedo, estas últimas cualidades? Lo suficiente, para que pueda considerársela una obra *estimable.* Bien es cierto que el tercer acto, de una ingenuidad asombrosa y de un final de circo, borran toda buena impresión anterior; pero, con todo creemos que hay en la obra escenas que revelan en su autor cualidades que cultivadas, podrán darnos obras algo más estimables que «Juan Facundo Quiroga.»

— Durante el mismo mes se han efectuado en este teatro algunas *reprises* de las obras mejores del repertorio.

Entre estas, dióse «Los Muertos», ese profundo drama de Florencio Sánchez, (nuestro Bracco por la potencia y por la audacia) drama que bien podría figurar sin desmérito en cualquier cartel de teatro europeo.

Volvimos á ver igualmente «El Arlequín», este fuerte y hermoso drama de Otto Miguel Cione, sin duda alguna su obra más perfecta, á pesar de notarse también en ella, como en las otras del autor, ciertos toques artificiosos y novelescos.

— Por dos razones hemos sido y seguiremos siendo tan breves en estas notas: la primera, por considerar fuera de lugar las largas exposiciones de obras, en su mayoría retiradas del cartel á la aparición del número; la segunda y primordial, porque pensamos que el valor de las obras no se mide por la extensión de los comentarios que inspiran.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Sully Prudhomme—Esta revista también quiere arrojar su humilde manojo de siemprevivas sobre la tumba del poeta. No es un juicio el que pretende dar á continuación. Sólo son dos palabras de homenaje á la memoria de ese sutil y melancólico poeta con cuya desaparición pierde el mundo latino uno más de sus buenos líricos.

Sully Prudhomme dijo en sus versos muchas cosas bellas y suaves. La mayoría de sus libros fueron las obras de un solitario que gustó de replegarse sobre sí mismo para analizar una á una las fibras más recónditas de su alma.

Su sensibilidad excesiva debió hacerle padecer mucho.

«J'ai voulu tout aimer et je suis malheureux....»

La mayor parte de sus poemas fueron breves meditaciones de una tristeza penetrante, que más que por la música del verso nos interesan por el placer intelectual que nos produce la revelación de esas intimidades que todos llevamos en nosotros.

Pero en él, psicólogo sutil y tierno, hubo también un humanitario, un convencido creyente en la ciencia y en el progreso. Fué también un pensador y como tal derramó ideas á manos llenas en sus versos, de un tinte siempre más filosófico á medida que él fué avanzando en la senda de la vida. Sus poemas de más largo aliento, *La Justice* y *Le Bonheur* fueron ya no sólo las obras de un poeta sino también de un filósofo.

Los jóvenes lo negaron. Es la ley que eternamente se reproduce. Pero en su tumba, fresca aún, no es posible mantener esas negaciones sólo admisibles en el ardor de la lucha. Un poeta no excluye á otro. Sully Prudhomme no excluye á Samain como la gloria de Verlaine no ofusca la de Hugo. En el templo del Arte todos caben.

El viaje de Roberto J. Payró—Uno más que se marcha á visitar otras tierras.

Forman legión ya los artistas y estudiosos de este país idos á

Europa á cosechar experiencia y conocimientos. Payró es uno más de la útil falange. Y él lleva consigo al partir condiciones de las que acaso la mayoría de los viajeros hállase desprovista: lleva consigo una ámplia experiencia adquirida en sus largos años de brega en el periodismo; un profundo conocimiento de la vida, de los hombres y sobre todo del país, y á más un vivo deseo de aprender y de hacerse nuevos puntos de vista, nuevos criterios en esos nuevos horizontes que se le abrirán.

A través del mar la revista envía su saludo á este fuerte é incansable trabajador.

Presente griego—Todos conocen los incidentes asaz divertidos á que dió lugar ese impagable concurso dramático del Teatro Nacional, realizado á fines del año pasado. Falló el jurado y á raíz del veredicto se enardecieron los ánimos, formándose bandos, armándose alborotos callejeros y discutiéndose las obras premiadas con un entusiasmo poco común en las esferas de nuestra mansa literatura.

Ahora la dirección de la revista ha resuelto publicar en este número la obra que recibió el primer premio. Ya calmados los ánimos, podrán todos los interesados formarse un juicio definitivo sobre la obra, con toda la tranquilidad que la lectura permite. La dirección por su parte no cree oportuno emitir opinión al respecto. Cree, sí, de todos modos, no inútil la publicación de este drama, que, aparte sus méritos, tiene el precedente envidiable de haber levantado en torno suyo una cierta polvareda. Su autor no necesita presentación. Sus muchas obras anteriores, recibidas con general favor por el público y la crítica, lo han colocado entre nuestros autores dramáticos de primera fila. En cuanto á este drama, juzguen los entendidos.....

Erratas—En la «Oda á Rubén Darío del Señor Alfredo Arteaga se ha incurrido en un grave error de imprenta que no podemos pasar por alto.

En la página 145, los versos 20, 21 y 22 deben decir:

al Verbo que al espíritu sustenta;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derriba iniquidades;

El buen criterio del lector, salvará los otros errores de menor importancia que contenga el número.

Libros recibidos—*Marcelo del Mazo*, «Los Vencidos».
—*Francisco Capello*, «Petrarca».
—*F. Enrique D. Sisson*, «Grisailles el Vitraux».

NOSOTROS.